

WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



LOS CAIMITOS DE LA OCHORA

(CUENTOS)

Wilson Izquierdo González

“Los caimitos de La Ochora”



Lluvia Editores

Cajamarca, Perú.

© “*Los caimitos de La Ochora*”

© Autor: Wilson Izquierdo González

Cajamarca, 2014

Email: wilizquierdogon@gmail.com

© Carátula: “*De Calzada su Morro*”

Fotografía de Dennis Izquierdo García



© Lluvia Editores, 2014

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: lluviaeditores@gmail.com

Qilqasqa Peru Ilaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-.....

DEDICATORIA

El autor.

SUMARIO

00. Prólogo del autor

009

01.	Los caimitos de La Ochora	013
02.	El perro negro de la pampa del morro	023
03.	La shushupe del almendral	037
04.	¡La noche de las siquisapas!	043
05.	La lloclada del Indoche	049
06.	Una... jergón debajo del wikungo	059
07.	Don “Lucho Verdura” y su mantona	065
08.	La carachama del codo	073
09.	Las shuychalluas del Mishquiaco	079
10.	Los paucares del aguaje de la Indalecia	085
11.	Se compra pichihuichi... para parturienta	089
12.	Los cotolos del Tangomí	095
13.	La Ochora versus Yantaló	101
14.	Nuestro caballo “El Ruso”	105
15.	Mi prima Ishuca	111
16.	Una Argentina en La Ochora	117
17.	El renacal de Trancayacu	129
18.	Un urcututu en el techo	135
19.	La molienda en el trapiche	139
20.	Maduro... muro, muro	147

Bienvenida a “Los Caimitos de la Ochora”

Don Wilson Izquierdo González tiene a la fecha varios libros publicados, pero en la mayoría de ellos nos proporciona hermosas narraciones que tienen como escenario lugares, personajes y costumbres de su añorada La Calzada, su pueblo natal donde pasó su infancia, recuerda -como lo manifiesta- “a colores” todas sus vivencias y las narra cual si fuera una película recién estrenada.

Los Caimitos de la Ochora integra veinte narraciones muy atrayentes que sus lectores quedarán satisfechos y con mucha satisfacción la integramos a nuestra [Biblioteca Virtual "Cajamarca"](#), siempre con el ánimo de otorgar libros de buena lectura a las familias de habla hispana.

Cajamarca, 01 de noviembre de 2014.

*Juan C. Paredes Azañero
Director de [CaSu](#)*

PRÓLOGO DEL AUTOR

Cuando una persona comienza a envejecer, además de volverse “renegona”, “peleona” y sobre todo “gritona sin necesidad” o por “quítame esta paja” —según nos lo hacen saber las personas que más nos quieren— también comienzan a surgir a raudales y nítidamente, que es lo mejor de esta parte de nuestras vidas, los recuerdos sacrosantos de nuestra niñez, aunque todo eso haya ya pasado hace más de medio siglo.

—Oye Wilson, por qué no escribes todos los chascarros y anécdotas que hemos pasado cuando estudiábamos en “San Ramón”. Te saldría un enorme libro y... encima, magnífico.

Me dijo una vez muy en serio, mi amigo y compañero de carpeta “el Loro” Jaime Wálter Cruzado Alcántara, a quien, la última vez que me pidió que le dedique uno de mis libros —que por lo general suelo obsequiarle—, cansinamente le puse “*Para Jaime Alcántara*” sin darme cuenta del detalle de considerar adecuadamente su nombre con su apellido paterno primero, porque daba la casualidad que en ese momento, no me acordé para nada lo que acababa de omitir, al parecer, por tratarse de “información más o menos cercana todavía”, la misma que, según sostenía Robert Gagné —aquel psicólogo conductista norteamericano de la segunda mitad del siglo

veinte, que se dedicara a estudiar el funcionamiento de la memoria humana—, eso presumiblemente todavía no había pasado en forma definitiva a formar parte de mi memoria de largo plazo, la encargada de guardar y hacer que surjan los recuerdos más viejos de nuestra existencia, de alguna parte de nuestro cerebro.

En cambio, de las cosas que he vivido junto a mi abuelita allá en La Ochora —porque ella me crió hasta los doce años allí en esa mágica tierra—, a pesar de estar mucho más distantes en el tiempo, me acuerdo con pelos y señales y, hasta me parece que los “veo” a colores inclusive, cuando lo normal sería que los “viera en blanco y negro” o hasta en “sepia” —en broma por cierto—, por tratarse de aquellos tiempos en los que las fotografías sólo podían tomarse en esos dos matices.

¿Cómo no recordar por ejemplo, a nuestro viejo caballo “El Ruso” —más manso que un buey— de pelaje colorado brillante y con una mata incurable en su lomo, que tenía la familia en ese tiempo y sobre todo, el hecho de que viniera “alegre” y corriendo hacia mí, tan pronto yo le silbaba y le enseñaba un “maduro muro muro”, cuando él estaba comiendo las frescas briznas de grama al fondo de la cocha de Marañón, para que yo sin mojarme siquiera los pies pudiera atarlo y llevarlo montado,

primero a trote y después a galope tendido, hasta nuestra casa?

Bueno pues, eso es lo que me ha ocurrido con todo este manojito de historias que aparecen en este libro. Las escribí con mucho cariño y ternura, pero sobre todo con una gran añoranza, porque es algo que ya nunca volveré a vivir. La Ochora (Calzada) nunca más llegará a tener, por ejemplo, esas enormes pampas que la circundaban y que había que limpiar, por lo menos unas tres veces al año, en grandes faenas comunales. Ahora, al parecer, todo eso está sembrado de plantas de “Stevia”, del cual se obtiene el edulcorante para reemplazar al azúcar, para uso de diabéticos y de todos aquellos que “dizqué” quieren bajar de peso.

En aquellos tiempos las pampas, que no podían ser de propiedad de nadie y que estaban salpicadas de árboles frutales como guanábanas, mangos, guayabas, palillos y caimitos, eran lugares públicos a los cuales todo el mundo tenía acceso libremente, a diferencia de ahora en que todo tiene dueño y nadie puede ir a comerse por allí una guanábana que se hubiera caído al suelo de madura.

Muchas cosas, obviamente, ahora han mejorado bastante y casi estructuralmente. Las calles de los tiempos que corresponden a estas historias, por ejemplo, tenían una acequia al medio por donde discurría el agua de la lluvia

como en torrentera. En las esquinas había puentes de trozos de madera que descansaban sobre dos grandes durmientes, también de madera. Ahora eso ya no existe, sobre eso, el Morro tenían en su cumbre una gran cruz que alguna vez estuvo pintada de blanco.

En la plaza de armas, todas las tardes, a partir de la oración y cuando los ninacuros (luciérnagas), gracias a sus siquis (traseros) incandescentes comenzaban a iluminar el cielo con sus farolas intermitentes, las vacas que se criaban libremente en las pampas del derredor del pueblo, venían a dormir allí. Caminar en la noche por la plaza de armas del pueblo en aquel entonces, era toda una aventura. Podía uno resultar subido al lomo de una enorme vaca y encima caer de allí sobre alguna bosta fresca de estos animales, con todo lo que eso puede significar. Había sólo un camino de herradura a Moyobamba, que pasaba por debajo del Morro y los dos pequeños cerros de su falda, y el viaje duraba tres horas bien jaladas, a pié. Se pescaba cada año al Tangomí y, a veces, también al río Indoche... y esa actividad era una “fiesta general” en la que participaba todo el pueblo.

En fin, ¿podrá todo aquello a volver a ser cómo era antes? Parece que eso no ocurrirá ya, ¡nunca jamás! Lo único que queda, entonces es tratar de refrescar con estas sencillas

narraciones, los recuerdos de los que todavía sobreviven; pero que, habiendo vivido en aquella mágica realidad que ahora se describe en este libro, la guardaron totalmente o por partes como un tesoro, profundamente dentro de sus corazones. Se trata, igualmente de “ilustrar” con estas imágenes literarias, a los que no tuvieron la oportunidad de conocer como fue La Ochora hace más de 60 años, por ser integrante de las generaciones recientes o por haber venido a vivir a ella hace poco, desde algún sitio lejano.

Todo —o casi todo— lo que se narra en este libro, en la actualidad se ha perdido o ya no existe tal cual. Por eso, justamente, este libro intenta lograr, el caro y preciado propósito de plasmar en una especie de “estampas” lo que se perdería, esta vez, irremediabilmente de nuestra conciencia social y de nuestra identidad si no nos trasladamos, de vez en cuando, a La Ochora que alguna fue así como aparece aquí.

El autor.

Los caimitos de La Ochora

En ese tiempo La Ochora era un pueblo rumoroso y sosegado, que traía el agua que bebía desde El Chorro o de los pozos de Llanque y Consuelo, cargándola en *buingos* y en una *jicra* sobre su espalda cuando se trataba de varones, o en cántaros sobre una *humallina* que iba muy segura sobre su cabeza cuando se trataba de mujeres. La Ochora era por esas y otras particularidades, un pueblo que vivía casi adormilado por los fragantes aromas de los jazmines de miles de árboles de naranjos, que había en las huertas de las casas, en el que todos sus habitantes —que no pasarían de mil—, se conocían con pelos y señales o, por lo que fuera.

Si eso ocurría en forma cotidiana por las mañanas, por las tardes en cambio, del Morro bajaba incesantemente una

brisa fresca con sabor de almendras o perfume de orquídeas, vaya uno a saber de cuál de sus acantilados o desde cuál de sus riscos o enormes selvas montañosas. Todo discurría allí a los acordes silenciosos que da la tranquilidad de los pueblos en los que la gente, sin echar llave a las puertas de sus casas, se iba a trabajar a sus chacras muy de madrugada, para volver recién cuando los *ninacuros* (luciérnagas), saliendo por millares no se sabe de dónde, comenzaban a prender sus farolas intermitentes por todas las calles oscuras, en tanto en el interior de las casas, a su vez, la gente prendía sus alcuzas de kerosene o sus lamparitas de aceite de higuierilla, porque el sol ya se había ocultado hacía rato.

Uno de esos días, a eso de las once de la mañana, llegaron al pueblo un grupo de *shishacos* con sus perros, sus vacas y algunas bestias de carga, al lomo de las cuales traían todos sus bártulos. Llegaron sudando a chorros y oliendo un poco a llamas, según dijeron los que alguna vez habían visto y olido a estos nobles camélidos sudamericanos en el Sur del Perú, porque en el Norte no se los podía encontrar ni para remedio. Como traían tanta sed junta a consecuencia de venir caminando desde tan lejos, de climas fríos y abrigados con ropa de lana, lo primero que hicieron fue tratar de comprar naranjas, con los pocos “chicos”, “dobles”, “reales” y “pesetas” que posiblemente

les quedaban todavía en los bolsillos desfondados ya, por todos los gastos realizados a través del penoso trayecto a pié desde su tierra en la lejana sierra chachapoyana, hasta La Ochora.

Las naranjas como una bendición de Dios abundaban en todas las huertas de las casas de La Ochora y se divisaban doradas desde cualquier parte de la calle. Claro que según la experiencia del primer nieto de doña Isolina Escalante, las más dulces no eran precisamente las que lucían doradas, sino las que él solía denominar “*peídas por el sol*”, o sea aquellas que escondían su madurez y su dulzura detrás de un aspecto bastante “*mapioso*” y lleno de pecas y manchas, que era justamente lo opuesto a aquellas “*chuyas*” que se lucían al sol relampagueantes como el oro de El Dorado que decían, se hallaba en el cerro de Angaiza.

Otro tanto ocurría con las guabas, que colgaban de los árboles como si fueran *afaningas*, con estrías verdes a lo largo de toda su piel; con los zapotes de piel de raso y corazón colorado que no imaginaban ellos cómo se podrían comer; con las ciruelas que si conocían de su existencia porque fructificaban muy bien en los temples de su comarca; con los limones dulces que no sabían que existieran o con los caimitos —¡Dios mío!—, que como frutos también de oro pero más grandes que las lúcumas

de la Sierra había allí a montones. Pero; claro, obviamente, lo que allí más abundaban eran las naranjas. Por eso cuando algún forastero preguntaba cuánto costaban, las dueñas de casa les contestaban de inmediato:

— Quién ya pues les ha de vender naranjas acá en La Ochora. Pasen no más paisanitos a la huerta y cojan las naranjas que quieran, que para eso Dios nos da esa fruta en abundancia y si no se aprovechan cuando es su tiempo, se caen al suelo y comienzan a podrirse y; en ese estado, ni los chanchos ya las quieren ya comer.

— Muy agradecido pué señora linda. Nos contaron allá en Guayabamba y Chachapoyas que en los pueblos de la Selva como éste, regalaban la fruta a los forasteros que llegaban por aquí, pero no creímos que eso fuera cierto, pensábamos que se burlaban de nuestra ignorancia, hasta ahora que lo verificamos en carne propia y por nosotros mismos —le contestó todavía incrédulo pero feliz de la vida el grato shishaco—.

— Tengan cuidado no más de no quebrar las ramas al tumbar las naranjas con el palo que por allí van a encontrar, porque cuando eso pasa, se resiente la planta y demora en recuperarse y fructificar de nuevo —les aclaró con buenos modales la dueña de casa, como si fuera una

recomendación sencilla que deberían tomar en cuenta, lo cual ellos aceptaron de buen agrado, porque se imaginaban ya degustando esas sabrosas frutas, que por sus tierras no tenían y en caso de tenerlas, eran algo ácidas—.

Así fue cómo entre aquella señora de La Ochora y los forasteros shishacos, se inició una gran amistad que perduró por muchos años. Ellos, después de saciar su hambre; pero, sobre todo su sed, con las naranjas que comieron partiéndolas con la mano en cuatro tajadas, ayudaron a la mujer a rajar su leña, a pilar su café y su arroz, en una cantidad que a ella le pareció la mejor paga que pudo recibir por sus naranjas que, encima, por tener en tanta abundancia, allí en La Ochora nadie ya les hacía caso. En compensación les ofreció el almuerzo que había estado preparando: poroto shirumbe con plátanos asados.

Cuando ya tuvieron más confianza, lo cual ocurrió a la mañana siguiente, pues les ofreció también posada en el alar de su casa, como quien toman su desayuno, ella les preguntó lo siguiente:

— De hecho ya sé que todos ustedes son shishacos, por la forma en que han comido las naranjas. Acá toda la gente acostumbra comerlas rebanando la cáscara con un

cuchillo y haciendo un hueco al centro por la parte inferior del fruto, por donde sólo chupan el jugo. El resto lo arrojan por allí. En cambio ustedes las parten con las manos en cuatro tajadas y se las comen completitas sin desperdiciar más que la cáscara. Pero... lo que me gustaría es saber, desde dónde ya pué vienen ustedes paisanos... o de qué parte de la Sierra son.

— Todos venimos desde Guayabamba, nuestro valle, al otro lado de la cordillera que se ve azul desde este hermoso pueblo. Eso pertenece al departamento de Amazonas y dista más o menos unas cinco horas a caballo o a pié, desde Chachapoyas, del cual es uno de sus distritos. A nosotros los de ese pueblo de la Sierra, ustedes nos llaman “guayachos” o “huayachos”, en cambio nosotros a ustedes los conocemos como “munchas” o “munchitas” cuando se hacen querer como usted —le contestó el paisano, con mucha amabilidad—.

— Yo también soy de la Sierra, por eso les he dicho “paisanos”, no por otra cosa. Yo he venido desde Huacapampa, distrito de la provincia de Celendín, en Cajamarca, cuando todavía fui una niña de once años. Acá ya vivimos más de treinta años. Hace poco he perdido a mi esposo que también era de por allí. Ahora como viuda, vivo con cinco de mis ocho hijos y mi primer nieto. Uno de mis hijos, el mayor, ya se ha casado y vive

aparte, otra de mis hijas vive en Tacna y la madre del nieto que ahora está en la escuela pero vive conmigo, está en Lima. La tuvimos que mandar allá para que no siga viéndose con el padre de su hijo, que ya tiene familia. Es mejor prevenir que lamentar, ¿no les parece? Además, no sería nada bueno que vaya a “malograr un hogar”. Por eso me he quedado con mi nietito. A nosotros que somos de la provincia de Celendín nos llaman shilicos, del mismo modo que a ustedes les dicen guayachos.

— Qué gusto señora...

— Isolina, pero acá en La Ochora me dicen Ishuca.

— Nos gustaría señora Ihsuquita que cuando baje un poco el sol, nos permita coger esos frutos dorados que se parecen por su forma a las lúcumas.

— Esos frutos se llaman caimitos —les aclaró de inmediato doña Isolina— son muy agradables pero diferentes a las lúcumas. En tanto las lúcumas son cremosas y con la pulpa del color parecido al de un ladrillo, el interior de los caimitos es como si fueran de gelatina. Tiene una parte blanca y pulposa, y otra transparente, que es la que se parece a la gelatina. No se preocupen, que venga no más mi nietito de la escuela a las doce de la mañana y él les va a ayudar a cogerlos del árbol.

El nieto vino de la escuela y tan pronto le pidieron los guayachos que coja los caimitos se subió al árbol como si fuera un mono y desde lo alto les pedía a ellos que los recojan con las manos para que no se caigan al suelo y se hagan pedazos, porque allí les entra tierra y así ya no es tan rico comerlos. El travieso muchacho después que cogió del árbol los que estaban más maduros en una cantidad razonable, bajó del caimito del mismo cómo había subido y les indicó que ya podían comerlos. Luego, sólo se limitó a observarlos haciendo como que no le importa el asunto.

Al darse cuenta que ellos hicieron con los caimitos lo mismo que con las naranjas; es decir, partirlos con las manos en cuatro tajadas, les dijo que no desperdiciaran nada y que trataran de comer la fruta hasta la parte de la cáscara, que es lo único que se tira. Al hacer aquello los guayachos, obviamente, se les pegó en los labios una especie de resina que el caimito tiene en la pulpa que está adherida a la cáscara, detalle que al percatarse el niño que había ocurrido, se fue corriendo a la casa y trajo varios copos de algodón que su abuela había cosechado recientemente de la huerta, y que ella guardaba para las mechas de las lámparas de aceite de higuerrilla que utilizaba especialmente en la cocina.

—Dice mi abuelita que con estos algodones se limpien la boca —les dijo el niño, muy serio, como entregarles los copos de algodón, hecho lo cual se desapareció del lugar para irse a matarse de la risa por allí—.

Los pobres guayachos muy pronto comprobaron que el niño les había jugada una broma, porque el algodón se pegó a la resina del caimito que ellos tenían en los labios, haciéndoles parecer a todos sin excepción, como ancianitos y de barba blanca. Así aparecieron por donde estaba doña Isolina en su cocina, quien tan pronto los vio en las fachas que estaban, sin poder aguantar también la risa pero comprendiendo de inmediato que el travieso de su nieto era quien les había jugado esa broma, les dijo comprensiva:

—No se preocupen mucho por eso paisanos. Ahorita solucionamos ese problemita. Ya no sigan tratando de sacarse los bigotes de algodones con los dedos, que así no van a lograr jamás librarse de ellos. Eso sale con un poquito de manteca de chanco, nada más —y esta vez aguantando la risa, a cada uno de sus huéspedes les alcanzó un poquito de manteca con lo cual todos ellos se libraron de sus incómodos bigotes, luego; para resarcirlos de la travesura de su nieto les dijo—: no se preocupen

amigos que a este cangrejo de mi nieto tan pronto se aparezca por aquí le voy a enseñar con “el caramelo”, a respetar a gente tan buena y correcta como ustedes —y les señaló el pedazo de rienda para el caballo, de suela deshilachada por el uso, que colgaba de la pared de su cocina—.

Imaginando que el niño que tan diligentemente les había ayudado a coger del árbol los caimitos iba a ser castigado por su abuela, con ese pedazo de rienda que colgaba de la pared y que hasta a ellos les infundió temor, de inmediato le pidieron a ésta en forma por demás suplicatoria:

—No le vaya a castigar a su nietecito por la broma que nos ha jugado con los caimitos, señora Isolina. En verdad esa fruta es tan sabrosa que, a pesar de los bigotes, nosotros estamos muy contentos de haberlos comido ahora, gracias a la ayuda del niño. Por favor, no le vaya usted a castigar por eso, que ahora la broma hasta a nosotros nos causa mucha risa...

¡Y todos rieron a carcajadas!

El perro negro de La Pampa del Morro

Hasta donde se sabía, dentro de los linderos de La Ochora sólo había un almendral, y ese era el que se enseñoreaba en toda La Pampa del Morro. No había otro que se conociera. Ni siquiera don Jacinto López o don Alfredo Sandoval hubieran podido darnos razón, de la existencia de otro bosque de ese tipo de árboles frutales en toda esa parte del Valle del Alto Mayo, y eso que, según lo que ellos mismos comentaban, por haber desempeñado la difícil ocupación de caucheros, conocían todo ese mar esmeralda de bosques como la palma de su mano.

En los tiempos en que ocurrió la historia que acaba de comenzar un párrafo arriba, no existía ni siquiera en la imaginación más calenturienta de algún poblador de La Ochora, la gran carretera asfaltada que une Rioja con

Moyobamba y que, viniendo desde la Costa, corre ahora sin parar y haciendo grandes curvas que semejan meandros de un gran río de charol, por las enormes gradientes y explanadas pintadas de diferentes tonos de verde, que aparecen a la vista tan pronto se comienza a bajar, después de dejar atrás el empinado pueblo y la hermosa laguna azul verdosa de Pomacochas.

A partir de ese simple detalle y en aquel tiempo, para trasladarse a pié o a caballo desde La Ochora hasta Moyobamba, había que pasar obligatoriamente por una parte del almendral de La Pampa del Morro. El único sendero existente era por lo tanto ese camino de herradura, que iniciándose en las afueras del pueblo, después de atravesar la lomada de Pucacuro, pasaba luego por debajo del Morro y por un costado de los dos pequeños cerritos que yacen a las faldas de aquel, cruzaba el Mishquiaco y vadeaba el río Indoche, para llegar a la sabana que se conectaba después de Indaña con Llullucucha, cuando se hacía el recorrido por la “carretera nueva”, de lo contrario quedaba el camino viejo que cruzaba las quebradas de Azungui e Indaña y llegaba a las pampas de la punta de Shango, después de más de tres horas bien jaladas de caminata.

Lo particular de este recorrido radica en el hecho de que al atravesar el enorme almendral de La Pampa del Morro, incluso de día, esa parte del camino era por demás oscura, ya que la luz del sol como si fuera una gran franja dorada, sólo entraba allí por alguna de las rendijas del tupido follaje que, al parecer, por un aparente descuido de la naturaleza, dejaban por aquí y por allá esos árboles gigantes. Tal era la competencia por atrapar la energía proveniente de la luz solar entre esas especies forestales, que parecía que se elevaban al cielo sin fin, en una brutal carrera de quién es más alto y quién tiene el fuste y la copa más grande. Es de presumir que todos los almendros de por allí, ya habían perdido hace tiempo la cuenta de sus años de existencia, pero allí estaban, enhiestos y llenos de vida, desafiando al cielo y queriendo llegar hasta las nubes.

En ese extraordinario escenario, muchos años atrás, contaban algunos pobladores antiguos, que al pueblo de La Ochora llegaron familias forasteras enteritas desde la Sierra: padre, madre, hijos, suegros, primos, cuñados y otros parientes que, por haber nacido en un lugar llamado Guayabamba —en el departamento de Amazonas—, a los ochorinos se les dio por llamarlos simplemente “guayachos”. Así, no era raro escuchar por allí, que algún niño le dijera a su madre:

— Mamá, en la puerta están ya vuelta un montón de shishacos a los que les dicen guayachos, que dizqué quieren que les vendas o les regales, según lo prefieras, algunas de las naranjas que dizqué han visto que tienes por empuzadas en tu huerta —las naranjas eran lo que más abundaban en aquel tiempo en La Ochora—.

— Diles hijito que pasen a la huerta y que jalen no más las que quieran. Total, hay tantas naranjas que van a terminar pudriéndose una vez que se caigan al suelo.

Así era la cosa en esos tiempos. Igual que las naranjas, los terrenos estaban por allí casi botados, para que las coja el que tuviera necesidad. Y los guayachos si que sabían apreciar el hecho de hacerse de un terrenito, aunque sea en pajonal, ya que los más apreciados eran los que estaban a orillas del río Indoche, por ser tierras rojas y altamente productivas. Los terrenos que se asentaban junto a cualquiera de los riachuelos afluentes del Indoche, o los que estaban en el monte pero lejos de una fuente natural de agua corriente, se denominaban “terrenos de pajonal” y no eran tan ricos en nutrientes ni tan productivos como los de las riveras del río. Pero como los guayachos tenían la costumbre de arar y abonar sus tierras, eso no fue jamás un problema para ellos.

Decían igualmente que los guayachos cuando llegaron en mancha a La Ochora, lo hicieron trayendo incluso a sus perros. Una vez instalados de algún modo en el pueblo, lo primero que comenzaron a hacer fue venderlos a buen precio a los cazadores y montaraces del lugar; quienes, después de “curarlos” instilando en sus narices varias dosis de “ayahuasca” con pucunuchu (ají nativo muy picante), los convertían en inmejorables y finísimos perros de caza. Vaya uno a saber si los pobres animalitos se convertían en “cazadorazos” por las propiedades alucinógenas del “ayahuasca” o por el temor a que les vuelvan a instilar en la nariz el terrible pucunuchu que, según contaba la gente matándose de la risa, les hacía bailar la conga en una sola pata.

Aquella vez que llegaron en mancha los “guayachos”, llegó al pueblo también junto con ellos, una pequeña familia de shilicos compuesta por el padre, la madre, un hijo de ambos todavía de teta y la abuelita materna del niño. Como trajeron consigo un buen caballo de jalca y tres perros también jalqueños, de Calconga dijeron, consideraron conveniente vender los perros para hacerse de algún dinero, quedándose eso sí con el caballo. Tan buena les resultó para ellos la venta de los perros que, con su producto, se compraron un solar de un cuarto de

hectárea en el pueblo y un buen lote de terreno en el área de pajonal.

Sin embargo, como la parejita era muy joven, cuando ya lograron mantenerse con lo que su chacrita les daba, al marido de la mujer lo levaron para el ejército y se lo llevaron a Moyobamba sin más trámite, amarrado como a preso, desde donde, una vez terminado de formar el contingente solicitado, irían a Yurimaguas por tierra y de allí a Iquitos por vía fluvial. El caso fue que al pobre hombre lo levaron con caballo y todo, cuando venía de su chacra con una carga de plátanos y yucas, porque según le explicaron sus captores, el caballo les era indispensable para trasladar la comida que necesitarían para hacer la larga travesía hasta el puerto de Yurimaguas, del mismo modo que requerían con similar urgencia, de la preciosa carga que traía la bestia para poder alimentarse en el trayecto.

Se decía que estos soldados reclutadores de futuros soldados eran por demás abusivos con la gente, y que eran capaces hasta de meterles un tiro en la panza si protestaban mucho. Pero que, si la madre con su niño se iban a pedir clemencia ante el Jefe de los reclutadores, tal vez lograría que se compadeciera de su situación y le devolverían aunque sea el caballo, porque al marido era

difícil que lo liberen de la obligación de tener que ir a servir a la patria por dos años seguidos, según era la Ley.

Como no le quedó otra cosa que hacer, la pobre mujer haciendo un quipe con su hijito varón, al que no lo pudo dejar con su abuelita porque todavía mamaba, lo puso a la espalda y se marchó tempranito a Moyobamba para hacer su reclamo. La bajada de Pucacuro estuvo completamente barrosa pero la pasó rápido. Luego casi corriendo cruzó la Pampa del Morro y el almendral, chimbó el río Indoche y antes de las diez de la mañana ya estuvo sorteando el riachuelo de Indaña, lo cual le avisaba que muy pronto estaría llegando al barrio de Lullucucha.

Allí le informaron que la gestión que la había hecho venirse hasta Moyobamba —hacer que suelten a su marido, si se podía, o recuperar por lo menos al caballo— tendría que hacerlo en Zaragoza, en una casona que quedaba muy cerca de la capilla del Señor del Perdón, y que muchos años después fuera el local de la Escuela Normal de Varones. Le aseguraron que con ese dato llegaría al lugar, porque cualquiera de esa parte de la ciudad le daría razón donde se encontraba acampado el contingente de conscriptos para el ejército.

La mujer halló el lugar sin mucho esfuerzo como le dijeron, hizo una larga cola para pedir clemencia por su situación y aunque lloró a mares, junto con su hijito pequeño que al sentir que llora su madre también hizo lo propio, no logró nada. Desconsolada y más que todo, presa de una gran frustración interior, sin saber qué otra cosa hacer, decidió regresar a esa hora a La Ochora. Era las cinco y media de la tarde.

—No haga el viaje a pié a esta hora señora, es muy peligroso para usted y para su hijito —le dijeron algunas de las personas que habían venido desde Habana, Soritor, Rioja, Yantaló y otros lugares a gestionar la liberación de sus familiares levados y que, al igual que ella, no habían logrado nada positivo porque el tal Jefe resultó más duro que una piedra—.

—Es que aquí en Moyobamba no conozco a nadie para pedir posada. Además, mi madre se quedaría muy preocupada si no regreso ahora mismo, porque así he quedado con ella —les contestó la joven shishaca a modo de justificación de lo que iba a hacer—.

— Señora linda, no haga este viaje —le volvieron a reiterar una y mil veces, de buen corazón, sus compañeros de infortunio, aclarándole además que—: Podría haber

víboras en el camino. El tunchi podría asustarle, porque la mayor parte del viaje lo hará de noche. Vadear el río sería peligroso porque a esa hora ya no habría vadero. En la Pampa del Morro era posible que se le apareciera un perro negro que querría quitarle a su hijito... —en fin, trataron de desanimarla de mil modos, pero igual, ella siguió en sus trece y decidió regresar a La Ochora ese mismo día, aunque ya fuera casi de noche, donde por fin podría tomar por lo menos una sopa caliente de poroto shirumbre con el que su madre le estaría esperando, según como también habían acordado antes de que ella enrumbe hacia Moyobamba, para tratar de lograr lo imposible—.

Entre escuchar los argumentos de sus acompañantes para que desista de viajar a esa hora y atravesar todo Lullucucha se le hizo más tarde todavía. Cuando cruzó por segunda vez el riachuelo de Indaña, la oración ya estaba cerrándose. Miles de ninacuros comenzaron a prender sus farolas incandescentes, pero a pesar de todo eso, la oscuridad llegó implacable hasta ella en forma completa. El camino seco de tierra y libre de maleza por el trajín de los caminantes, felizmente era divisable todavía a esa hora y corriendo por las partes que se podía, pensó que la travesía hasta La Ochora la haría en un poco más de dos horas, por lo cual suponía que de todas maneras

llegaría a su casa más de las ocho y media de la noche, si es que seguía a ese ritmo de viaje.

Cuando llegó al río Indoche, como no era época de lluvias, lo encontró manso y tranquilo, reflejando en su largo e interminable espejo río arriba, algunos brillos que le parecieron de plata; pero, sobre todo, trashumando ya su incansable vapor que por las noches se ve como neblina. De allí hasta la Pampa del Morro no habría más que media hora —se dijo— y, desde ese lugar hasta el pueblo... vaya, será cosa de otra media hora o un poquito más.

Tan pronto llegó hasta el almendral, avanzar por el camino le resultó una tarea por demás complicada. La oscuridad era casi total. No se distinguía el camino casi por ningún lado y caminar, lo que se llama caminar, había que hacerlo literalmente a tientas. Sin embargo, siguió avanzando. De repente, en medio de la oscuridad divisó algo así como una par de carbones colorados que resplandecían en las tinieblas. Como ella sabía que los ojos de los perros, cuando se les alumbró con alguna forma de luz brillan de ese modo, el corazón comenzó a palparle alocadamente.

Mientras tanto su pequeño hijo, en su espalda, seguía durmiendo tan apaciblemente como suele hacerlo un niño de esa edad cuando es cargado como un quipe en la espalada. Siempre a tuestas, siguió caminando, hasta que por fin divisó la parte de la pampa que se yergue al pié del morro y al costado de los dos cerritos que existen a su lado. Había logrado por fin, pasar la parte oscura del almendral y como por obra de Dios, clareó un poco y se podía ver el camino.

Fue entonces que sintió que algo trataba de arrancar de su espalda, el quipe que ella llevaba cargado. Volteó la cabeza y entonces vio al perro negro que muy cerca de ella, sin ladrar pero gruñendo aterradoramente, trataba de arrebatarse a su hijo tironeando su quipe con sus terribles muelazas que resplandecían como la plata en la oscuridad, con una blancura siniestra.

Siguió corriendo como pudo por el camino, con el perro que no le dejaba avanzar porque le mordía el quipe con la intención de quitarle su preciosa carga. Se acordó entonces de que el llanto de un niño aleja a cualquier ser maléfico. Trató entonces de despertar a su hijo y hacer que lllore, pero el niño seguía durmiendo plácidamente, del mismo modo que lo había hecho casi todo el viaje, mecido por los vaivenes del camino y los pasos de su madre.

Cuando pensó que ya no podría seguir forcejeando con el perro, logró de un pellizcón a su hijo, hacer que éste llorara a gritos. Comprobó entonces que el llanto de la criaturita logró hacer que el perro negro se escondiera de prisa en la espesura del monte, y que todo lo que le dijeron al respecto, había resultado completamente cierto. Sin embargo, notó que de allí en adelante su hijito jadeaba, y que una terrible intranquilidad se había apoderado de todo su cuerpecito. Pero siguió caminando rumbo al pueblo que ya le parecía cerca, tratando de mirar siempre hacia adelante.

Cuando sin saber por qué miraba hacia algún lado del camino, en la espesura del monte le parecía ver los ojos del perro cual dos carbones rojos que le seguían y le seguían desde allí... En eso, sintió otra vez que le querían arrebatár su preciado quipe de la espalda. Era el perro que sin ladrar y sin gruñir, nuevamente estaba detrás de ella. Sobre eso, verificó que el niño ya no lloraba por nada del mundo, por más pellizcones que ella le diera para alejar al maldito animal con su llanto sacrosanto. Batallando y batallando, en un tiempo que le pareció infinito, la madre divisó por fin algunas luces y dedujo que estaba por llegar a La Ochora...

Tan pronto inició su caminata por una de las calles del canto del pueblo, comenzó a pedir auxilio a gritos a la gente. Sintió de inmediato que muchas personas la rodearon y trataron de infundirle ánimo de mil maneras, pero ella, muda y sudando frío seguía acercándose paso a paso a su añorado hogar. A dos cuadras de él, perdió el sentido, cayó al suelo sin que pudieran evitarlo y convulsionó. Una espuma blanca y espesa cubría su boca y sus fosas nasales.

Al tratar de ayudarla para que se levante, verificaron que el niño que cargaba en su espalda yacía muerto. Todo su cuerpecito estaba completamente frío como si hubiera permanecido en la intemperie y desnudo. Entre varias personas y ayudados con una frazada, condujeron a la madre y a su hijo muerto, hasta la casa en donde su madre los estaba esperando en su salita con dos velas prendidas y, al parecer; rezando desde algún tiempo frente a un cuadro de la Virgen del Carmen con un rosario en sus manos. No bien vio a la gente que traía en una frazada algo que parecían dos personas, una grande y otra pequeñita, supo que se grataba de sus dos seres más queridos: su hija y su nieto menor de un añito.

Muchas horas después, cuando le echaron agua bendita que fueron a traer ex profeso desde la Iglesia, la mujer

reaccionó y despertó sólo para comenzar a seguir batallando contra el perro negro que, según lo que ella lograba balbucir, le estaba tratando de quitar a su hijito allá en el almendral de la Pampa del Morro.

Por más esfuerzos que hicieron, nunca más recobró la salud mental que tanto ansiara su madre.

Así lo encontró dos años después su marido, que una vez licenciado del ejército, llegó hasta donde estaba ella en eterna agonía, luchando a muerte contra aquel perro negro de ojos rojos como carbones.

Cuando por fin el cura de Moyobamba vino a ponerle los santos óleos, la mujer por fin halló la paz y se murió... allí no o más.

La shushupe del almendral

—¡Dios mío, compadrito! Yo que me voy a recoger una almendra amarillita del colchón de hojarasca, cuando la maldita *shushupe* estaba enrollada como una enorme *humallina*, esperándome para morderme o qué cosa más hacerme. Menos mal que le brillaron sus ojillos, si no, otra hubiera sido mi suerte, compadre...

— Pero... entonces la desgraciadísima al no poder morderte te habrá seguido hasta dónde...

— Claro que me siguió la condenada. Tan pronto vi que le brillaban los ojos, comencé a correr como descocado por esa bajada. Pero... no lograba dejarla atrás y como estaba embravecida, al seguirme profería los mismos ruidos que hace un joque macho cuando está por

detrás de una pata para pisarla. Cada que volteaba para mirar si ya la dejé atrás, cabeza en alto ahicito no más detrás de mí estaba. Por Dios que pensé que ya me había llegado la hora. En eso me acordé que, para que se entretenga y me deje escapar, tenía que arrojarle la alforja donde había estado recogiendo las almendras. Eso hice, pero yo de puro cojudazo me puse a mirar que hacía con ella la maldita. No se imagina compadrito, mordió como perro bravo tres veces a la pobre alforja y luego, como si presintiera lo que yo estaba haciendo, miró por el camino y me vio... y otra vez comenzó a perseguirme como joque arrecho.

— De repente habrá creído que usted era una pata también arrecha compadre Tole... —comenzó a bromear Alfredo Sandoval para quitarle un poco de dramatismo a la narración de su compadre Tolentino Rodríguez—.

— Que si me alcanza compadrito Alfredo, que será me hace —le contestó riendo el aludido—.

— Pero no le alcanzó ni le mordió, compadre Tole. Eso es lo bueno de esta historia. Pero... a ver cuénteme que hizo usted para lograr esa proeza.

— Al ver que otra vez la shushupe comenzó a seguirme compadrito, corrí igualito como cuando usted me hacía un buen pase, casi desde nuestra área chica, aprovechando que todos los muchachones del *Alfonso Ugarte* estaban en nuestra cancha, toditos de atacantes y dejando de su cuenta a su arco. No había nada qué hacer, “llus” les aventaba el gol a veces hasta de media cancha... pero, volviendo al asunto, esa vez corrí y corrí sin mirar para atrás, y esta vez, sin dejar de correr, me saqué la camisa que estaba ya completamente sudada y la dejé tirada en el camino haciendo una bola con ella. En eso estaba cuando vi a la volada una linda varilla de caracha caspi a un lado del camino, la corté con mi 128 y esperé a la desgraciada. Volvió a hacer lo mismo que la vez pasada con mi ropa, pero esta vez, tan pronto apareció ante mi vista la molí a golpes. Buena lucha me hizo. La víbora parecía que babeaba de cólera y al recibir el primer golpe un poco por debajo de su cogote, se contorsionó y trató de saltar sobre mí, pero allí no más le apoquiné el resto de varillazos hasta quebrar en varias partes su espinazo. La shushupe aquella era enorme. Mediría no menos de tres metros compadrito Alfredo...

— Bueno pues compadre Tole, para mí que tuvo usted mucha suerte. Dicen que la shushupe cuando persigue a la gente es muy veloz, demasiado veloz diría yo,

y que sabe esquivar los golpes. Además, una vez que muerde, no muerde una sola vez, para asegurarse de matar a su víctima, les da no menos de cuatro o cinco mordidas seguiditas, casi en el mismo agujero.

— Es que yo la esperé detrás de unas shapumpas que había en el camino y la aprimeré pué compadre. Y ya sabe usted pué compadrito, el que aprimer gana. Y mi primer golpe fue, gracias a Dios, certero. Le quebré el espinazo al primer varillazo a la altura casi de la cabeza. Por eso ya no pudo reaccionar cómo dicen que lo sabe hacer...

— La shushupe —le interrumpió su compadre Alfredo Sandoval, de reconocido prestigio como montaraz y cazador en La Ochora y en casi toda la región— según lo que cuentan los que se han encontrado con ella, es peor que un perro bravo. Además, dicen que se ayuda con su cola, en donde tiene una especie de espolón con el que ataca también.

— Eso no lo he visto compadre Alfredo —le aclaró Tolentino Rodríguez, como la persona que hablaba en base a su experiencia, porque él sí acababa de tener un enfrentamiento directo con esa temible serpiente— aunque, claro está, cuentan un montón de historias sobre

su ferocidad y sobre la eficacia de su veneno, que es mortal sin vuelta que darle.

Y... bueno, es cierto que la shushupe es una de las víboras más temidas en la selva peruana. Su terrible fama es real, sólo que a veces alguien inventa alguna fantasía adicional a todo aquello. Por ejemplo, dicen que una enorme shushupe lactaba de los pechos de una mujer, para lo cual, primero le echaba hilo para hacerla dormir en el momento en que aquella daba de mamar a su hijito en la sombra del tambo de su chacra. Luego, sigilosamente la víbora llegaba hasta donde ella dormía, le hacía mamar al bebito su cola, y ella se prendía de los senos de la mujer para secar la leche con la que ella pretendía alimentar a su hijo...

Según cuentan, en el caso de las serpientes, el olor de la leche materna opera igual que la vainilla madura en la selva, para los amantes de los dulces y golosinas. Puede ser percibida por ellas desde grandes distancias. Para evitar que alguna víbora haga lo que se cuenta, algunas mujeres de la selva fuman cigarros negros mientras dan de lactar a sus hijos, cuando están en el monte o en su chacra... las shushupes detestan el humo del tabaco.

¡La noche de las siquisapas!

Era noviembre y en La Ochora las lluvias estaban comenzando a intensificarse, como preludio de lo que iba a ocurrir desde enero hasta abril, período en el cual los ríos crecen hasta desparramarse sin control por todas sus hoyadas, a consecuencia de no poder soportar dentro de sus cauces naturales el agua que cae a cántaros, con truenos y relámpagos desde el cielo, allá por sus cabeceras.

No hay día en el que no llueva en ese tiempo, aunque sea con una de esas lluvias “locas” con sol y más de un arco iris, que dicen que produce erisipela en la piel de la gente o de los niños que se mojan la cara o el cuerpo con esa agua. La gente también sabe que para la navidad llega el “Verano del Niño”, es decir, un lapso sin lluvias, seco y

con mucho ventarrón, igualito que para la fiesta de los juanes, de las umshas y de las pandilleadas de San Juan “Huayra” —tiempo en el que el cielo ventea como en ninguna otra época del año—, que se celebra en casi toda la selva, llueva o truene, el veinticuatro de junio.

Igualmente, además de todo eso, la gente de La Ochora sabe que para el día de Todos los Santos o para el de los Difuntos, llueve a cántaros toda la noche, con rayos, truenos y relámpagos, escampando a partir de la una o dos de la madrugada, para que se “oreen” los caminos y la gente pueda ir a “cosechar” hormigas siquisapas, de las mismas troneras de los hormigueros, a partir de las cuatro de la mañana.

Hay personas que dicen que, al igual que los difuntos salen del lugar donde Dios les ha puesto, para venir a visitar a sus seres queridos en esa particular fecha del año; las siquisapas tienen que salir de sus hormigueros para poblar el resto del mundo con nuevas colonias de tan diligentes insectos. Claro está, si antes no llegan a convertirse en alimento de las aves y de la gente de la selva, que ya sabe la técnica para hacer una verdadera cosecha con ellas y darse después un peculiar y sui géneris banquete.

La “*huma*” (cabeza) de las hormigas contiene mucho fósforo y otros oligoelementos necesarios para el desarrollo de las ocho inteligencias señalada por Howard Gardner y su “*siqui*” (abdomen o trasero), contiene una regular cantidad de proteínas que cumplen similar función en el desarrollo del resto del cuerpo.

Cuando en La Ochora no llueve con truenos y relámpagos para el primero de noviembre, lo hace indefectiblemente para el dos, o sea para el día de los difuntos. Es entonces que las *siquisapas* deciden salir de sus hormigueros para irse a volar por el mundo, seguidos por miles de *huashos* que deben de cumplir la misión de fecundarlas en pleno vuelo, para luego caer desfallecidos por allí por el esfuerzo y convertirse en alimento, principalmente de las aves, porque la gente jamás los come, por ser casi secos y puro “*zorrapa*”, sin nada que sirva de alimento.

Como antes de esos dos días especiales también llueve, truena y relampaguea, algunas *siquisapas* apuraditas salen por sus troneras incluso de día y comienzan a volar sin rumbo, llegando hasta el pueblo donde los niños comienzan a cazarlas correteándolas sin cesar por calles y pampas, para comerlas allí no más, crudas, y sin mayores prolegómenos culinarios. Total, el cuerpo les exige proteínas, fósforo y otros oligoelementos vitales para su

salud, y ellos, bien mandados, sólo cumplen este particular designio de la madre naturaleza, más que a la perfección y con singular dedicación, sin importarles el esfuerzo que eso les demande, porque no paran hasta conseguir atraparlas en pleno vuelo.

Pero otra cosa es ubicar el hormiguero que a veces está escondido en la espesura de la selva, desbrozar las malezas a su alrededor, hacer bien la trocha para llegar hasta allí y... desplazarse con la cantidad de bagazo necesario de caña de azúcar a la una de la mañana y esperar allí, pacientemente, a que comiencen a salir alocadamente las *siquisapas* desde su caserón, por alguna de las muchas troneras con las que los *curohuinse*s tienen que dotar a esas regias mansiones.

La *siquisapa* es la reina de las hormigas. Su nombre en quechua significa “siqui: culo y sapa: grande”. Y es que en verdad las tales *siquisapas* son terriblemente culonas porque su fina cinturita les ayuda a tener ese envidiable aspecto. Pero a diferencia de las abejas que sólo tienen una reina, en el caso de estas hormigas, en cada hormiguero llegan a procrearse miles de *siquisapas* que sí tienen que emigrar de esa su casa para ir a fundar la propia en algún lugar de la selva que ellas elijan.

Los *huashos* en cambio son las hormigas machos, cuya misión es fecundar a las *siquisapas* una vez que éstas inician su vuelo hacia lo desconocido. Por su parte, cada hormiguero cuenta con miles de *curohuinSES*, que son los obreros trabajadores que acarrear sin parar pedazos de hojas o de cualquier otro alimento a sus hormigueros. Estos bandidos *curohuinSES* pueden dejar pelada a una planta grande de naranja en una sola noche. Igual puede ocurrir con el maíz, el frejol o el arroz de las chacras que elijan como lugar de recojo de sus alimentos. Finalmente, también tienen la misión de defender a las *siquisapas*... ¡hasta morir!

A pesar de todo este buen montaje de seguridad, la gente ha averiguado que, especialmente para *Todos los Santos* o para el *Día de los Difuntos*, siempre que llueva y truene por la noche, las *siquisapas* salen por las troneras de sus hormigueros, antes de que comience a amanecer. Entonces para atraparlas, sólo es menester esperar ese momento, premunidos de fósforos y bagazos de caña de azúcar, que hay que prender tan pronto el desbando comienza a ocurrir.

Atraídas por la luz de los bagazos ardientes, las *siquisapas* se queman las alas y caen por allí no más, de donde otra persona las recogerá y las irá metiendo a un depósito

tubular que, por lo general, se confecciona del trozo comprendido entre dos nudos de un *cañoto*, conocido también como caña de Guayaquil. La caza de las *siquisapas* por esta técnica es una verdadera cosecha. Los *huashos*, por flacos y desgarrados, se desechan.

Las hormigas *siquisapa* así cosechadas, para comerlas solas como si fuera canchita, o con plátano soasado en los carbones de la *tullpa* o fogón, hay que tostarlas en manteca de chanco con sal a gusto. Su sabor es muy agradable pero característico. Dicen que es muy nutritiva, por la cantidad de proteína de la parte de su “*siqui*” y por el fósforo que contiene en su cabeza, razón por lo cual, suele sentirse su sabor ligeramente picante. Esa es la vida en la selva. Se come o se es comido, sólo que a estos insectos la gente los come justamente después de la “noche de las *siquisapas*”.

En caso de que una *siquisapa* no sea atrapada, tan pronto se ha alejado lo suficiente de su hormiguero, aterriza y comienza a cavar el suelo para construir el suyo. Cava y cava el suelo hasta formar un pequeño montículo de tierra removida, debajo de la cual se encuentran las galerías que ella necesita para procrear a sus descendientes: los *curohuínses* que conseguirán el alimento, las nuevas *siquisapas* o reinas del hormiguero y los *huashos*, que son los machos que deberán fecundarlas.

La llocllada del Indoche

Entre Rioja y La Ochora discurre sus aguas rojizas, bravas, torrentosas y traicioneras en época de lluvias el río Tónchima, para volverse mansas, cristalinas y límpidas en la época de estiaje. Entre La Ochora y Moyobamba, a su vez, se encuentra el río Indoche, de menor caudal que el Tónchima pero de igual genio y comportamiento en tiempo de lluvias y también manso y soñador en ausencia de éstas.

El Tónchima es el río bravío y torrentoso de los riojanos, el Indoche, ligeramente ambarino en estío y manso en casi todo su recorrido, lo es de los ochorinos. Ambos, al parecer, tienen sus orígenes o cabeceras en los cerros azules —por estar cubiertos de vegetación—, que se

distinguen más allá de Soritor, que no son otra cosa que los últimos contrafuertes de la Cordillera Oriental de Los Andes del Norte del Perú.

Cuando llueve allá por sus cabeceras, de un momento a otro y en menos de una hora, la creciente llega hasta los terrenos de cultivo que, tanto los riojanos como los ochorinos tienen en las riveras del Tónchima y del Indoche, por ser estos terrenos colorados muy productivos, en donde los plátanos se dan en buenos racimos hasta *quintishales* (quinta cosecha) y en donde las yucas crecen sin fin con un largo y grosor inimaginables, lo cual ocurre en la realidad y casi cotidianamente, a diferencia de lo que narra don Andrés Zevallos de La Puente en los “*Cuentos del Tío Lino*”, en donde se asegura que, cuando a Lino León le pidió su esposa doña Chuspe que vaya a traer yucas para el almuerzo desde su chacra en Jandón, aquel encontró una que, desde Jandón, iba hasta su casa en Cosiete que quedaba ya cerca a Contumazá.

Mi abuela Isolina Escalante Rojas tenía sus chacras a orillas del río Indoche. Éste, cada vez que crecía y se desbordaba de su cauce natural en época de lluvias, inundaba sin compasión con sus aguas rojizas y turbias, no sólo los terrenos de hoyada cercanos a sus riveras, sino hasta los de las lomadas, que en realidad eran pequeños

promontorios de tierra, porque los terrenos por esa parte del Perú, en sí y a simple vista, parecen una sola y enorme planicie esmeralda salpicada de invernadas y chacras de labrantío.

Cuando esto ocurría por las noches, a nuestra llegada a la chacra encontrábamos que, a veces, se quedaban en las pequeñas *cochitas* que se formaban en alguna de las oquedades del terreno, varias mojarras y yolillas, algunos bagres, una que otra *carachama* y otras tantas *pucabuicasas* (peces de barriga colorada que en la costa les llaman charcocas). Pescarlas allí no era ningún problema, más bien era una bendición de Dios, porque aquellos pequeños pescaditos servían de sutil bocado para acompañar a nuestro poroto *shirumbe* sin presa —en la chacra eso era pan de cada día—, con ese rico manjar que es el pescado fresco, preparado en una especie de guiso condimentado tan solo con unas hojas de *sinaculantro* (culantro silvestre).

Era época de lluvias en La Ochora. En esa laya de tiempos era preferible ir a quedarse en la chacra y *mansionar* (quedarse a dormir) allí en el *tambo* que teníamos cerca del río Indoche, a fin de evitar mojarse en las idas y venidas desde el pueblo a la chacra, descansar de los malos caminos que se vuelven un solo lodazal cuando llueve

mucho y, encima, comenzar a trabajar desde muy temprano.

Así pues, un día domingo como cualquier otro, después de almorzar, en nuestro caballo “*El Ruso*”, que era de pelambre colorada y muy dócil y manso, enrumbamos con dos frazadas, ollas y otros bártulos y vituallas a su lomo, rumbo a la chacra, para *mansionar* en el *tambo* que allí teníamos.

Al llegar allí, fui a traer agua del río junto con mi abuelita. Mi tío Reynerio se quedó en el tambo para asegurar el caballo atándolo a un tallo grande de plátano con una soga más o menos larga, así como aprovisionarle de suficiente alimento, lo cual hizo cortando en pedazos con su machete, otro tallo de plátano de menor tamaño. Cuando llegué al río, éste se encontraba tranquilo, manso y ligeramente ambarino pero limpio, a pesar de ser época de lluvias.

Serían las tres de la tarde y hacía calor, por lo que después de pedirle permiso a mi abuela, feliz de la vida fui a bañarme allí en ese río tranquilo. Todo el resto de la tarde nada presagió que por lo menos iría a llover. Al llegar la noche comimos y subimos al altillo del tambo para dormir. La noche estaba fresca y los cantos de los insectos, especialmente de los grillos, pronto lograron que

nos durmiéramos profunda y plácidamente, sin siquiera imaginar lo que muy pronto ocurriría.

Sería media noche cuando comenzaron a llegar hasta nosotros, unos grandes resplandores de luz muy blanca. Acto seguido, escuchamos el retumbar de los truenos por las alturas de Pósic, más allá de Soritor, como nunca jamás los habíamos escuchado (mi abuela se aseguró que nos halláramos despiertos para que los oigamos mejor). Si hubiera sido noviembre y la fiesta de Todos los Santos y de los difuntos, al día siguiente se habría producido por todos esos ámbitos, una invasión inimaginable de las riquísimas hormigas *siquisapas*; pero, era febrero...

El concierto de truenos horriblos y de los resplandores fulgurantes de los relámpagos que anticipadamente se producían por cada rayo que caía, nos mantuvieron completamente despiertos a los tres, por un tiempo que nos pareció una eternidad, pero que posiblemente sólo duró unas tres horas en total. Luego sobrevino una calma que sólo podría calificarse de atroz, por un par de horas más. A eso de las cinco de la madrugada, comenzamos a escuchar un ruido sordo, como de algo que viene arrastrándose por un camino de fango. Era el río Indoché de nuestro lado el que así sonaba. Inmediatamente pensamos: ¡la creciente!

¡Qué iba a ser! Definitivamente, no era la creciente. ¡Era la llocllada! Tan pronto comenzó a clarear, vimos casi muertos de miedo, que un barro colorado y espeso comenzaba a fluir por debajo del *tambo*. El caballo era el que más se alborotaba. Quería librarse de su amarra y correr... ¿A dónde? ¡Pero eso quería hacer! El pobre equino, siempre tan noble y tan tranquilo, ahora parecía completamente desquiciado.

Después de muchos esfuerzos terminó por librarse, no sin antes echar a tierra al tronco de plátano en el que estuvo amarrado. Y se fue relinchando como un loco por el camino que habíamos venido plácidamente hacía poco... haciendo grandes esfuerzos para caminar porque el barro le llegaba casi hasta la barriga.

Sin el caballo en el cual huir y sin tenerlo por lo menos de compañía a nuestro lado, vimos que el barro fluía y fluía por debajo del altillo del *tambo* donde estábamos guareciéndonos de ese embate de la naturaleza. Lo peor fue constatar que el barro, en lugar de bajar de caudal, parecía que aumentaba y los horcones de madera sobre el cual se levantaba el *tambo*, parecía que vibraban y se cimbraban. Después con un ruido más fuerte que el producido por el barro, sentimos que llega una avalancha de agua turbia, pero agua al fin.

Era recién la creciente. Y venía por encima del barro. Creo que todos pensamos que había llegado nuestro fin, porque la creciente, pasado el primer embate, aumentaba y aumentaba, tanto que pronto comenzó a mojar con una espuma amarillenta las hojas de plátano secas que en el altillo del tambo utilizábamos como colchón para dormir. El tambo a momentos parecía que flotaba ya en el agua turbia del río.

Ante la inminente debacle del pobre tambito, a una velocidad que hasta ese momento para mí era desconocida, mi mente comenzó a analizar todas las posibilidades de sobrevivencia que nos quedaban. Yo el más pequeñín del grupo, nadaba como un pez, pero aún así, ¿hacia dónde nadaría? Mi abuelita en el agua era algo parecido a una piedra, pronto desaparecería de la superficie sin que me dé tiempo siquiera a tratar de asirla para jalarla a algún lado ¿pero... a dónde? Mi tío Reynerio, serrano como mi abuelita, era igual que ella. Se hundiría en el agua tan pronto sus pies ya no tengan donde sostenerse. No había que hacer, nuestra hora... ¡había llegado!

Sin embargo, a pesar del pánico que sentíamos todos frente a la inminencia de nuestra cercana muerte, mi tío Reynerio pudo verificar que la creciente ya no aumentaba y que se había detenido. El alma volvió a nuestros

cuerpos. Comenzamos a mirar en uno de los horcones que servía de pilar al tambo y pudimos comprobar que la creciente se había quedado estática, quieta, en el mismo sitio. Así, quieta, parece que estuvo por más de una hora, luego comenzó a bajar lentamente. Con la esperanza de que en algún momento terminaría de bajar el agua, la espera ya no fue tan dramática. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. El agua comenzó a desaguarse a gran velocidad. Pronto, quedó sólo el barro esparcido por todo el terreno...

Cuando por fin bajamos del altillo como los náufragos que éramos, no nos importó a ninguno de los tres que el barro nos llegara más arriba de la rodilla, porque era sólo barro que, por su parte, parecía que se dirigía despacio pero a paso firme, rumbo a lo que el día anterior había sido el río. El barro también bajó y bajó hasta que sólo nos llegaba a medio *pingullo* (canilla). En eso, comenzamos a escuchar en el barro por allí y por allá, chapaleos de algo que parecían ser hechos por peces.

Cuando el sol terminó por orear el barro de la llocllada, mucho del cual se había ido ya rumbo al cauce del río, los pescados aparecían ante nuestros ojos desparramados por toda la chacra, luchando con sus últimos esfuerzos para mantenerse a flote en un mar de barro rojo que ya

comenzaba a dejarlos inmóviles y semienterrados. No fue difícil cogerlos de allí. Lo difícil era quitarles un poco el barro con el que estaban cubiertos. Pero para eso había infinidad de *cochitas* en toda la chacra, donde encontrábamos más peces vivos todavía chapaleando en la poquísima agua que quedaba.

Tan entretenidos estuvimos cogiendo los peces amontonados en el barro y lavándolos en las *cochitas*, que no nos dimos cuenta que mi tío Reynerio, se había ido a buscar a nuestro caballo “El Ruso”, desandando el camino casi a tientas a través del barrizal. Al poco rato volvió con él, jalado de su soga. El problema era que nos habíamos quedado sin el aparejo del animal que nos permitiera acondicionarle la carga sobre su lomo. Habían desaparecido igualmente todas las cosas con las que estaba equipado nuestro tambito. Sólo teníamos una gran cantidad de pescado, que no sabíamos como transportarlo a La Ochora...

Sin embargo —cuando no— mi tío Reynerio con un machete que salvó de casualidad porque él mismo lo subió al altillo del tambo la noche anterior a la *llocllada*, comenzó a recoger izanas de bombonaje y con ellas no sólo hizo un par de grandes canastas, sino que hizo también las sogas para asegurarlas en el lomo del caballo,

al que previamente con hojas de plátano le hizo una especie de aparejo de carga.

Llegamos a La Ochora, con más pescado que el que pudimos cargar sobre nuestras espaldas, mi tío Reynerio, mi abuela, yo... y sobre el lomo de nuestro caballo, porque para nosotros también hicimos más canastas de izana de bombonaje. No volvimos a la chacra en más de quince días, porque el pescado que se quedó enterrado en el barro de la llocllada, según nos contaron, apestaba a diablos.

Una ... ¡jergón debajo del wikungo!

La selva es pródiga desde cualquier punto de vista. Allí, según decían los entendidos, sólo los “*quillapones*” podrían llegar a morir de hambre. *Quillapones* les decían en La Ochora a aquellas personas que no eran diligentes para hacer las cosas o mejor dicho: ¡a los haraganes! “*Quilla*” en quechua significa eso, justamente. Tan sólo es menester

recordar que una de las máximas del Tahuantinsuyo era “*ama quilla*” o “*no seas haragán*”.

Cuando alguna gentecita de La Ochora era bien “*quilla*”, allí tenían la costumbre de curarla de ese mal con una buena “*ishangueada*”, que no es otra que darle a la persona haragana una latigueada con ramas de ortiga, aunque allí las hay de muchas variedades, siendo la más terrible la “*cashá ishanga*” que produce fiebres de cuarenta grados centígrados hasta por más de veinte y cuatro horas seguidas, a los que llegan a toparse con ella.

Junto con las *cañabravas* que crecían al borde del río (y que crecen hasta hoy), como si una mano bienhechora las hubiera sembrado allí para que el río no se salga de su cauce, crecían también allí mismo las *ishangas* en todas sus familias y variedades. Para hacer una chacra cerca del borde del río, por eso, había que hacer una labor de “*corta*”, que consistía en echarse abajo todas las *cañabravas* y los demás árboles, arbustos y hierbas que crecían junto con ellas, luego se “*trozaban*” todos los palos en pedazos pequeños y se dejaban secar. Después de quince días más o menos, cuando todo estaba seco, se hacía la “*quema*” y con los palos negros que no se habían acabado de quemar se hacían los “*sbuntos*” que, nuevamente había que quemar.

La chacra una vez limpia, se sembraba con la ayuda de un *tacarpo*, cuando se trataba de granos. Pero la yuca y los plátanos se tenían que sembrar de estacas los primeros y de *málliques* o hijuelos los segundos. Esa era toda la faena. No muy difícil por cierto. Hacerlo de ese modo garantizaba que la chacra “negra” y llena de ceniza de la quema, se quedara libre de maleza y de otras alimañas indeseables por un buen tiempo, cumplido lo cual había que ir a deshierbarla casi al término de cada dos semanas. En la Selva, daba la impresión de que la hierba o las malezas indeseables “crecían hasta hacerse monte”, de la noche a la mañana, o por lo menos esa era la percepción que de ese fenómeno se tenía.

Mi abuela hizo una chacra del modo ya descrito. Cuando el maíz y el frijol estuvieron ya de buen tamaño, junto con mi tío Reynerio fuimos un día a la chacra a eso de las seis de la mañana, para hacer entre los tres el deshierbo. La tarea según se había planificado, no duraría más de tres o cuatro horas y, como en la chacra estuvimos a las siete de la mañana ya desayunados, a más tardar a las doce, sería seguro que terminaríamos todo y regresaríamos a la casa de La Ochora a almorzar el poroto shirumbe que mi abuelita había dejado cocinándose en el fogón de leña, calculando que éste se apagaría si nadie atizaba el fuego cuando todo ya estuviera cocinado.

A eso de la once y media de la mañana, todas las faenas del deshierbo se habían concluido en forma satisfactoria. Después de liar los bártulos que trajimos para trabajar, iniciamos el regreso a La Ochora, con el estómago reclamando casi a gritos alimento. En eso, al pasar por una chacra de paltas y paja bombonaje de su hijo mayor: Lucho, que hacía un poco más de tres años se había casado y que por ese motivo tenía sus propias chacras en el terreno de la familia —que era bastante grande y estaba ubicado a orillas del río Indoche—, mi abuelita divisó varias paltas que de maduras se habían caído de las plantas de palta y estaban por allí tiradas en el suelo. Algunas de ellas, presumiblemente, ya estarían listas para comer y lo más conveniente era recogerlas para llevarlas y hacer una ensalada con ellas, en lugar de que se queden allí sólo para podrirse.

Una ensalada de paltas, tal como mi abuela la sabía preparar, resultaría ideal para acompañar al *poroto shirumbre* que en la casa nos estaba esperando y que sólo se tendría que calentar, antes de almorzar. Pensando presumiblemente en eso, mi abuela le dijo a mi tío Reynerio:

— Oye hijo, entremos un ratito a la chacra de paltas de tu hermano Lucho y recojamos las que se hayan caído al suelo de maduras. Si las dejamos allí, se podrirán y nadie las aprovechará.

— Claro Ishuca. Con suerte hallaremos varias que estén listas para comer y, a éstas, las llevaremos con cuidado para que no se aplasten. Ya me imagino yo comiéndolas con el poroto shirumbe allá en la casa de La Ochora —le contestó muy emocionado su hijo Reynerio, que ya era un jovencito pero seguía teniendo la mentalidad y los pensamientos de un niño—.

Dicho esto, los tres entramos a la chacra de las paltas y comenzamos a recoger las que estaban en el suelo. Ya estuvimos por regresar cuando vi que al fondo de la chacra había una planta de wikungo y me encaminé hacia allí para cortar un racimo de esa fruta que, faltándole un poco para madurar por completo, como en el caso del coco verde, se aprovecha su pulpa que es algo gelatinosa y se toma el agua que tiene en su interior, que es muy agradable, pero que en el caso del wikungo resulta de miniatura comparada con el coco.

— Que te acompañe tu tío Reynerio a cortar el racimo de wikungo, no es bueno que vayas sólo por allí, no sea que haya alguna víbora —dijo mi abuela—.

— Qué víbora va a haber por allí abuelita, la chacra de mi tío Lucho está *brilla-brilla* de limpia —le contesté, como quien se encamina, machete en mano, a la planta de wikungo, pero mi tío Reynerio en lugar de hacer caso de lo que yo dije le hizo caso a mi abuela y comenzó a caminar detrás de mí, acompañándome—.

Confiado en que la chacra estaba por demás limpia y sólo había un poco de hojarascas cubriendo el suelo, comencé a acercarme a la planta de wikungo y, tratando de escoger el racimo más bonito, sólo iba mirando hacia adelante sin fijarme en lo que había en el suelo. Ya estuve por llegar hasta un racimo para cortarlo con mi machete cuando sentí que de un sólo tirón hacia atrás, mi tío Reynerio me arrojó al suelo, un poco más atrás de donde él estaba. Iba a reclamarle por qué había hecho eso cuando vi que, resueltamente, comenzó a dar de machetazos a una enorme víbora del color de las hojarascas del suelo, que estaba debajo del *wikungo* enrollada como una *humallina*. Era una víbora jergón que en esa posición estaba esperando que me acercara para morderme.

— So adefesio de muchacho —me dijo un poco airado mi tío Reynerio— mira por donde caminas en el monte. Si no vengo acompañándote, a esta hora ya te habría mordido esa tremenda viboraza, mírala...

Mi abuela llegó corriendo en ese momento y mi tío Reynerio terminó de desenliar los pedazos de la enorme serpiente venenosa que acababa de matar a machetazos. Ya no quisimos coger los wikungos que estaban allí esperando que los cosecháramos. Nos regresamos a La Ochora sin pensar en nada más, a disfrutar de nuestro poroto shirumbe con una sabrosa ensalada de paltas, que mi abuela hizo tan pronto llegamos a nuestra casa. El susto ya hubo pasado...

Don “Lucho Verdura” y su mantona

Desde que se le dio por sembrar toda clase de verduras en su huerta de La Ochora, desde rabanitos y nabos hasta repollos y lechugas, además de andar diciendo que consumirlas diariamente era muy bueno para la salud, a

Luis Estauromiro González Escalante, hijo segundo de doña Isolina Escalante Rojas —y no se sabe con certeza qué número ordinal de hijo sería de don Demetrio González Díaz—, le adicionaron sin más ni más al diminutivo de su primer nombre (“Lucho”) —porque el segundo nombre (Estauromiro) ya de por sí era algo especial— el adjetivo calificativo de “verdura”, para indicar con precisión a lo que se dedicaba en el pueblo; además, claro está, de trabajar la chacra de su madre y de “mosantear” por allí y por allá, como un quinde detrás del néctar de las flores que, en la selva, abundan más que pulgas en panza’e perro.

Cuando doña Isolina Escalante, madre de Lucho “Verdura”, quedó viuda a los treinta y nueve años de edad con ocho hijos pequeños que criar, éste, apenas con dieciocho años de edad, tuvo que asumir sin apenas saborear las delicias de la adolescencia madura, la dura carga de ayudar a su madre al sostenimiento del hogar y de la crianza de sus hermanos menores. Claro que la cosa no fue tan terrible, porque la familia se quedó dueña de un envidiable terreno y un hermoso trapiche en Meto, a orillas del río Indoche, apenas a una hora de camino a pié desde el pueblo.

Los terrenos de Meto eran insuperables comparados con los de pajonal que también poseían otras gentes del

pueblo, y producían unas cañas de azúcar tan largas que había que cortarlas en tres o más partes para meterlas a la molienda. Sólo que las veces que había que llevar a cabo la corta de la caña, los peones tenían que hacerlo con mucho cuidado, porque junto con las champas que se formaban con las hojas secas de esas plantas, había jergones, *shushupes*, *afaningas*, coralillos y hasta *loromachacuys*.

La *afaningas* y los *loromachacuys* se escapaban sabe Dios a donde, como diablos a los que les han echado agua bendita, tan pronto percibían que se estaba limpiando la chacra, en cambio las *shushupes* salían a librar batalla con los invasores de su hábitat. Las jergones, por su parte, mimetizadas con la hojarasca esperaban enroscadas como *humallinas* en los lugares oscuros del cañaveral y las coralillos, por ser casi ciegas, se quedaban donde estaban esperando pacientemente a que los peones las muelan a palos o las corten en varios pedazos con sus machetones 128.

Eso era cosa cotidiana en una labor de corte de caña, por eso a Lucho “Verdura” le pareció extraño que los peones le llamaran a gritos para que vaya a observar con sus propios ojos, la vez que éstos se encontraron con una enorme mantona durmiendo la siesta en uno de los recodos oscuros del cañaveral.

—Usted dirá don Luchito si la matamos —le dijo uno de los peones señalando con su dedo el enorme bulto formado por la mantona que, seguramente después de zamparse al estómago algunos ofidios pequeños y algunos otros ratones y lagartijas, dormía plácidamente para hacer la digestión—.

— Ah burro viboraza, menos mal que sólo es una mantona —exclamó Lucho “Verdura” realmente sorprendido por el tamaño del ofidio; luego, con un poco más de calma la exploró visualmente todo lo que pudo y dijo—: esta mantona medirá por lo menos unos cuatro metros, ¿no les parece muchachos?

— Si es que no es un poquito más. Grandaza es la desgraciada y eso que todavía es tiernita —le contestó Dionisio Rodríguez, como quien le da la razón—.

— Por eso es que no hemos encontrado otras víboras en el cañal. Ella se las come. Limpiando la chacra de animales dañinos, la mantona es mejor que perro de caza don Luchito. Yo le aconsejaría que no la mate. —Aclaró Melquiades Chanzapa, otro de los peones que en ese momento, junto con los otros tres que formaban la cuadrilla, observaba a la mantona dormir plácidamente como si nadie estuviera cerca de ella—.

— Y... ¿donde ya pué se quedaría? Tener una víbora de ese tamaño, aunque se trate de una mantona, sería muy peligroso —le respondió Lucho “Verdura”, casi como hablando para sí mismo, porque sabía de sobre que cuando estas serpientes crecen más de la cuenta pueden comerse sin problemas a un niño pequeño—.

— Allí donde está durmiendo no más, lo menos se va a echar un ronque de un mes sin parar, mírele la barriga, parece que por lo menos se ha comido una víbora grande o un añuje. —Le volvió a aclarar casi de inmediato Melquiades Chanzapa, para luego complementar —para que no se asuste la mantonita y se largue lejos, le haríamos una especie de reserva en el lugar donde está y, para que se vuelva mansa como un perrito, le tendría usted don Luchito que darle de comer de vez en cuando, casi de su mano.

—Eso sí que está difícil cholito. Se me escarapela el cuerpo de sólo pensar que cualquier rato podría encontrarme a solas con ella —le contestó, esta vez para hacerle saber lo que pensaba al respecto—.

— No pasa nada don Lucho. Esta serpiente es bien mansa. Ella solita se va a dar cuenta que la hemos dejado allí para que viva, pudiendo haberla matado mientras hacía la siesta para digerir su comida.

— Bueno pues, déjenla allí donde está.

Y se quedó allí la mantona. Pero no por mucho tiempo. Cuando otro cañal ya hubo crecido lo suficiente, posiblemente se metió allí para hacer su trabajo de limpia como quien se consigue su alimento. Ocurría que cada vez que cortaban la caña de su nuevo hábitat, ella con una lentitud parsimoniosa se trasladaba a otro lugar donde hubiera cañas de azúcar creciendo. Para los peones que hacían la corta la caña esta era una escena casi corriente y ya no les llamaba la atención. Alguna vez que cortaron caña y no hubo cañal suficientemente grande para albergar a la mantona, Lucho “Verdura” le daba de comer una gallina que tenía que traer desde La Ochora con ese único fin.

— En lugar de darle a la mantona, nosotros deberíamos comernos esa hermosa gallina —le dijo una de esas veces Leticia Sandoval, su mujer, pero él se hizo el de las orejas sordas, casi presagiando el mal que, irremediablemente le llegaría junto con la vejez y no le contestó nada—.

Cuando ya hubieron pasado unos ocho años por lo menos, la mantona de don Lucho “Verdura”, decía la

gente de La Ochora que había logrado verla alguna vez, que era ya una bestia enorme. Que ya tenía orejas. Que se podía comer entero a un niño pequeño. Que podría echar hilo a la gente que pasara por allí y después de triturarla, comerla entera. Que ahora vivía en la cocha que había formado hacía mucho tiempo el río Indoche al desviarse de su cauce y que la mantona ahora se había convertido en su madre o en la yacumama que allí se enseñoreaba como su única dueña. En fin, habría que preguntarse más bien, qué cosa no habría dicho la gente sobre la viborita de don Lucho “Verdura”, para achicar la enorme lista de estos comentarios. Finalmente, su cuñado Alfredo Sandoval habló seriamente con él de este modo:

—Mira Luchito, tener tu viborita en tu chacra es una garantía para que la gente, en tu ausencia, no se meta por allí y coseche lo que no ha sembrado. Pero si la desgraciada ya está muy grande, es peligroso hasta para tu familia. Hay que matarla a tiros. No queda otra.

— Si tú lo vas a hacer, hazlo de una vez, pero yo no quiero ser testigo de eso —le contestó resignado Lucho “Verdura” a su cuñado Alfredo Sandoval, que en asuntos de caza de animales en el monte, todos los ochorinos lo reconocían como una autoridad y un experto a carta cabal—.

Y don Alfredo Sandoval uno de esos días, sin avisar a nadie, hizo que sus perros de caza husmearan su rastro, que no era difícil de encontrar, porque por donde andaba dejaba un camino de hojarasca aplastada por su peso o una huella profunda en la tierra húmeda, parecida a la que produce un tronco grande de madera cuando es arrastrado por un camino encharcado.

Dice la gente, que Alfredo Sandoval mató a la mantona de un solo tiro, pero poniéndole el doble de balas de venado a su escopeta “Remingtón” antigua que había que cargarla por el cañón, pero que después de recibir el tremendo impacto de las balas venaderas en su cabeza, se contorsionó por lo menos dos horas antes de morir.

La pobre mantona medía ya para entonces más de ocho metros de largo y con su sebo, doña Peta curó un montón de lisiaduras y fracturas de huesos de la gente del pueblo de La Ochora.

La carachama del codo

Había en el pueblo de La Ochora ciertas personas que eran especialistas en pescar carachamas. Uno de ellos era don Valeriano Torres Amasifuén, eximio pescador y

montarás. Tan bueno era pescando en el río Indoche o cazando en el monte, que hasta decían de él que estaba compactado con el *Yacuruna*, con el *Chullachaqui* o con el mismo *Shapingo*.

Éste, en época de baja del río Indoche, se iba al puerto de Morillo a eso de las tres de la tarde, *tarrafa* al hombro, donde tenía acoderada su canoa y comenzaba a surcar el río, sin remo y sólo con botador. Una vez que ubicaba un buen cascajal, que por lo general lo encontraba río arriba de *Cunchi Huasi* después de tres o cuatro horas de surcada, esperaba hasta la madrugada chacchando su coca y fumando los cigarros negros, que él mismo elaboraba con tabaco silvestre y esencia de café, para espantar a los zancudos que, con la tonada de que uno es su tío, nos quieren chupar la sangre hasta hacerse *buchisapas* y no poder volar.

Apenas comenzaba a clarear con la llegada de la aurora luminosa de cada madrugada, iniciaba su faena de atrapar *carachamas*. Hasta las seis de la mañana, hora en la que estos peces suelen refundirse en los huecos que ellas cavan en el borde de las pozas y remansos del río, don Valeriano ya tenía en su canoa no menos de diez kilos de pesca. De bajada por el río, con remo, el mismo recorrido lo hacía en la mitad del tiempo y, a veces, hasta en menos. A las once de la mañana a más tardar, con las enormes

carachamas vivas contorsionándose todavía en su alforja, ya estaba vendiendo el producto de su trabajo en el pueblo. Al parecer, esta faena le reportaba las ganancias necesarias para vivir con cierta comodidad, junto a su mujer y sus cuatro hijos.

Las *carachamas* del río Inchoche eran un manjar para el paladar, especialmente si se las preparaba en *timbuche*. De eso se encargaba mi abuela. Al parecer la tarea no era difícil, porque una vez beneficiados estos peces, había que cocinarlos en agua sólo con sal y un poco de *siuca culantro* picado, que se adicionaba a la olla una vez que se la bajaba de la *tullpa*. ¡Nada más! Porque ningún otro aliño o condimento era necesario. Pero mi abuela, para que el potaje no sea sólo un “caldo tilín-tilín, tililín”, le adicionaba un par de buenas yucas, con lo cual el caldo adquiriría un poco de consistencia, se disponía de algo sólido para acompañar a la carne de *carachama* y... había algo más que mascar.

Sobre sus propiedades nutricionales no hay nada más que decir, porque todo el mundo lo sabe. La carne blanquísima de la *carachama*, una vez libre de las gruesas escamas que le dan el exótico aspecto de tener caparazón, además de ser extremadamente sabrosa, es pura proteína y de fácil digestión. Sobre eso, su tremenda cabezota ha de

estar llena de fosfatos y otros oligoelementos vitales para el cerebro, porque si uno está débil de la tutuma, que buenas dormilonas y sueños nos produce.

Desde el punto de vista de su aspecto exterior, es posible que la *carachama* sea una sobreviviente antediluviana. Su apariencia es diferente a la de los otros peces del río, porque además de tener una cabeza grande de forma triangular y unos ojillos negros relucientes que miran frontalmente, su cuerpo está cubierto, no de escamas comunes, como sería normal; sino de una especie de pedazos ásperos como una lija gruesa de algo que parece un caparazón, formada por placas córneas diminutas superpuestas de color dorado, por vivir en los cascajales y correntadas, a diferencia de las de los ríos y cochas de la selva baja, que son renegridas. Por el detalle de tener una piel tan áspera, ella no puede escabullirse de las manos del que logra pescarla, aunque con sus aletas puede producir raspaduras en la piel de los brazos del que la aprisiona.

Cierto día en que junto a mi abuela Isolina Escalante tuvimos que sembrar arroz, ella con el tacarpo y yo de pollo, al término de la jornada decidimos ir a bañarnos en uno de los codos que formaba el río Indoche y que quedaba muy cerca a la futura chacra de arroz. Mi abuelita que no sabía nadar, sólo se refrescó la cabeza con el agua

fresca del río cogiéndola con sus manos desde la orilla, pero yo que casi era un pez, me puse a bandear el río una y otra vez. Cansado de aquello, comencé a bucear en la poza que forma allí el codo. Al percatarme que el bordo del río estaba lleno de huecos, metí la mano y el brazo en uno de ellos y comencé a explorarlo. El hueco estaba lleno de peces y atraparlos no fue difícil porque, justamente, era mi brazo que al tapar el hueco les impedía escaparse.

— Si coges una buena porción de esos pescaditos, almorzaremos acá no más en la chacra, hijito. Haremos “breve-breve” un buen *timbuche* con yucas y asunto arreglado. Volveremos al pueblo con la barriga llena y el corazón contento —me dijo mi abuela pensando que preparar el almuerzo allí en la chacra a base de pescado, era mucho más práctico que tener que ir a pié hasta La Ochora y recién allí comenzar a preparar algo para comer—.

— No te preocupes por eso abuelita —le dije— ahorita buceo para sacar más de estos pescaditos.

Así lo hice. Comencé a bucear y bucear en la poza y a sacar los pescados pequeños de los hoyos, metiendo la mano y el brazo en ellos. En una de esas, mi mano tocó algo áspero que, al sentirme, trató de llegar hasta el fondo

del hoyo. Pero como era grande, no pudo lograrlo por completo, por lo que mi mano tocaba algo que me pareció el extremo de su cola. Como aguantar la respiración ya había llegado a su límite tuve que salir, pero sólo para llenar mis pulmones con aire fresco.

Tan pronto como me fue posible, volví a sumergirme y allí estaba el hoyo con el enorme pez esperándome. Me acerqué lo necesario casi sin patear ni hacer ninguna clase de ruidos ni movimientos abruptos y, posicionándome bien, metí la mano y el brazo de golpe, atrapando a la enorme carachama —que ya la había identificado por su piel áspera— un poco más allá de su cola. Sin embargo sacarla de ese hueco fue la parte difícil. Por instinto de sobrevivencia, encrespó sus aletas, lo que impedía que la pueda extraer hacia afuera, pero impulsándome con las rodillas en el borde del río logré quebrar una de ellas y sacarla afuera. La muy ladina en su afán de escapar, empezó a contonearse y sacudirse violentamente, con lo cual logró producirme una abrasión en el pellejo de mi brazo que la aprisionaba, pero yo ni con eso la solté y la llevé nadando hasta donde mi abuela la recibió alborozada, logrando aprisionarla bien y asegurarse de que no vaya a escapar.

Ese día, en menos que canta un gallo, mi abuela preparó el sabroso *timbuche* con la enorme *carachama* que, por lo menos, mediría unos cuarenta centímetros de largo. Era un enorme animal y el caldo que preparamos con él, fue lo más sabroso que pude comer en toda mi vida.

Las shuychalluas del Mishquiaco

Camino de La Ochora a Moyobamba, después de pasar la Pampa del Morro, se tenía que cruzar dos veces el Mishquiaco. Este rumoroso arroyuelo de aguas dulces, frías y cristalinas, porque bajaba desde las laderas del Morro y tenía que cruzar todo el monte de almendras que crece a sus faldas, era de un caudal pequeño de agua; pero, permanente en cualquier época del año. Nada más dulce que el placer de beber una *sombrerada* de sus frías aguas, después de andar el seco trecho de camino que hay desde La Ochora hasta allí.

Eso precisamente hacían sin excepción todos los caminantes, incluso aquellos que iban montados en sus caballos o sus mulares, en cuyo caso, acémila y jinete tenían que hacer un alto obligado al tiempo de cruzarlo, para beber de sus aguas, que como su nombre lo indica, eran increíblemente dulces y agradables. En los tiempos de ahora, resulta muy fácil hacer el trayecto de La Ochora a Moyobamba por el río de charol que es la pista asfaltada que los une; pero, nadie ya puede saborear la dicha que antes inundaba nuestros corazones, cada vez que nos acercábamos a aquél manantial mágico para saciar a raudales, esa sed que estaba por matarnos.

En aquellos tiempos, a nadie que hubiera conocido el Mishquiaco se le habría ocurrido pescarlo. Menos a los

que hubieran bebido incansablemente de sus aguas. Sin embargo, a mi primo Sergio Torres Escalante y obviamente a mí, no sólo se nos ocurrió aquello como idea, sino que... ¡lo hicimos, qué caray!; pero, de pura y neta casualidad. Jamás planificamos hacerlo, porque la idea no era buena, sino que nos vimos obligados a llevar a cabo aquella atrevida zamarrada, para no regresar a nuestras casas con las manos vacías.

Toda la gente de La Ochora sabe que, cada vez que llueve fuerte por los bosques de almendras de la falda del Morro —y encima si es con ventarrones—, las almendras caen a montones desde lo alto de los árboles gigantescos donde fructifican, se rompe su cáscara en pedacitos al caer y golpearse sobre el oscuro manto de hojarasca que se ha formado en miles de años, sólo para dejar libre a las frutas que, como joyas de marfil, están esperando esparcidas allí al pié del almendral, para que alguien las recoja y disfrute de su apetecido sabor y su inigualable poder nutritivo.

No hay nada en el mundo, comparable a un desayuno con el corazón de varias almendras, con plátanos maduros asados en la brasa de una *tullpa* ochorina. Para recoger las almendras regadas después de un ventarrón, de la cama de hojarasca formada al pie de los árboles de almendras, hay que ir hasta allí de madrugada. Eso quiere decir que hay

que salir de La Ochora antes de las cuatro de la mañana, para comenzar la faena de recojo tan pronto comience a clarear la aurora. Todo el mundo sabía eso y aquello, sin embargo, siempre hay “gentecitas” que se van a recoger almendras cuando ya no queda ninguna, porque ya es demasiado tarde. Los dormilones *quillapones* nunca encuentran qué recoger.

Eso justamente es lo que nos pasó a mi primo Sergio y a mí. Llegamos al almendral a eso de las siete de la mañana y ya no hallamos nada sobre la hojarasca ni sobre nada. Comenzamos a bajar por la gradiente natural del bosque hacia la Pampa del Morro y muertos de sed, tuvimos que acercarnos en pleno bosque hasta donde sabíamos que discurrían de bajada las aguas cristalinas del Mishquiaco. Saciamos nuestra sed y cuando estuvimos descansando Sergio me dijo:

— Mira primo Wishón, por allí hay algunas plantas de barbasco. ¿Qué te parece si cosechamos un poco y pescamos el Mishquiaco?

— No creo que sea bueno echarle barbasco al pobre Mishquiaco. De repente la gente más abajo toma esa agua y se enferma como los pejes —le respondí, sólo por

responderle de alguna manera, no porque me faltaran las ganas de hacer lo que me estaba sugiriendo—.

— Qué cojudezas dices. De aquí hasta el lugar por donde cruza el Mishquiaco el camino a Moyobamba, hay por lo menos dos kilómetros y medio, y en el trayecto ya se limpiará el agua de modo natural como siempre ocurre. En todo caso, si lo toman, les dará más sed y nada más.

— Pero... ¿crees que habrán peces aquí en esta quebradita? —volví a preguntarle sólo por decirle algo, ya que yo como él, sabíamos que allí tenía que haber algún tipo de peces. Es sabido que en la selva cualquier porción de agua, más o menos considerable, está llena de ellos y de otros seres vivos—.

— Hagamos la prueba, hombre. ¿Qué nos cuesta? Total, en un ratito podemos hacer el cerco aquí no más y subir medio kilómetro para echar el barbasco. Arribita no más —volvió a insistir mi primo Sergio—.

— ¡Manos a la obra entonces! —le contesté—.

Recogimos cerca de tres kilos de barbasco, preparamos el mazo de un tronco de madera dura para machacarlo sobre una piedra, con lo cual comenzamos a teñir con el blanco

de la leche de barbasco al pobre riachuelo. No pasó ni quince minutos que hicimos eso, cuando comenzamos a ver que varias shuychalluas y pucahuicsas empezaban a boquear, algunas ya panza arriba. Cerramos con un poco de shapumbas y hojas de palmera la parte superior, para que no huyan hacia arriba del riachuelo y sanseacabó... ¡a pescar se ha dicho!

Cuando llegué con más de cuatro kilos de aquellos pescados a mi casa, mi abuela casi me zumba una buena maja con “el caramelo” que ella siempre tenía a la mano, por hacer ese disparate y, claro está, por llegar tarde a la casa. No le pareció bien que hayamos echado barbasco al sagrado Mishquiaco. Además, en un tonito despectivo me dijo:

—Tú pues te comerás todos esos pescados que parecen viboritas de coralillo. A mí me dan miedo... —sin embargo, una vez que la Casilda, nuestra empleada doméstica los benefició y los preparó, todos nos dimos un gran banquete con aquellos pescaditos, menos mi abuela, obviamente, ella era muy remilgada y “eticosa” para comer las cosas del monte, salvo que se trate de los *cotoles* del Tangomí, de las *carachamas* de Cunchi Wasi o de una buena *carachupa* (quirquincho o armadillo), o como quiera llamársele a este noble animalito—.

Los paucares del aguaje de la Indalecia

En La Ochora mi abuela tenía una casa grande que... en realidad eran tres, todas pintadas de blanco con cal viva. La casa de teja, que estaba ubicada en una esquina del pueblo y era de tapial y dos pisos, tenía cielo raso de caña brava sujeta a las vigas con hilachas de atadijo y bruñida con yeso, sobre el cual se ubicaba el terrado también de caña brava entortada con barro y paja. Hasta donde recuerde, en el terrado de la casa dormían todos los integrantes de la familia, en grandes catres de madera y colchones de “algodón” de ceibo.

A continuación de la casa de teja se erguía la otra casa de paredes de quincha y techo de crisnejas de palma. Ésta constaba de una sala grande a la que le entraba la luz solar sólo por las dos puertas de ingreso a la habitación y que, al parecer, eran suficientes para iluminarla. El cielo raso de esta habitación era de caña brava bruñida con yeso —igual que la casa de teja— pero estaba construido encima de las vigas, y el terrado que formaba no estaba entortado con nada. Este terrado servía de almacén para guardar las huayungas de frijol y maíz, así como los costales de arroz. Mi abuela utilizaba este segundo ambiente sólo para dar

posada a los forasteros y familiares que llegaban de huéspedes a nuestra casa en La Ochora.

La tercera casa era, igualmente, de paredes de quincha, sin más cielo raso que el mismo techo de crisnejas de palma, que se erguía sobre grandes horcones de urcumoena. Una vez, mi abuela tuvo que cambiar totalmente las crisnejas del techo, porque las palomas que ella criaba, malograron no sólo la cumbreira donde empollaban sus pichones, sino casi todo el techo, en su afán de arrancar de allí pedazos de palma para construir sus nidos. Después de eso, teniendo como pretexto que le dijeron que las palomas traían mala suerte a quien las criaba, hecho que coincidió con la muerte de su hija Yolanda en Tacna, las hizo exterminar a todas a balazo limpio. Lo único malo de aquello fue que por una buena temporada estuvimos comiendo palomas en todas las formas de estofado.

Lo singular de aquella casa era el hecho de que en diagonal a la esquina donde estaba ubicada la casa, la señora Indelecia Torres tenía también una casa grande de techo de crisnejas de palma y una enorme huerta en la que se erguía en la parte cenagosa de ella un corpulento aguaje, cuyos frutos nadie aprovechaba porque la bendita palmera había crecido tanto que nadie se animaba, ni a tumbarla con hacha ni a treparse a ella con manecas, para cosechar

los apetecidos frutos. Había que esperar que los frutos se cayeran de maduros al suelo, lo cual ocurría cuando la parvada de paucares que allí habían hecho sus nidos de tanto comerlos, se hartaban y los dejaban caer.

Junto a este enorme aguaje habían crecido también tres palmeras de pijuayos, con los cuales los paucares también hacían fiesta. Lo singular de estas aves de pecho amarillo y el resto de su plumaje completamente negro, era que tenían la rara habilidad para “hablar”. Sus nidos también eran de características especiales. Los construían de pajillas y semejaban largas bolsas en cuyo interior ponían sus huevos y los empollaban con singular dedicación.

Los paucares tenían como aliados para criar a sus polluelos, a más de dos enjambres de abejas negras que construyeron sus colmenas y panales junto a sus nidos; y, a no menos de tres parejas de pipitis, aves que son enemigas mortales de los gavilanes, los mismos que, cada vez que pueden, se dan grandes empanzadas con los polluelos y los huevos de los paucares.

Desde que comenzaba a brillar el sol por las cumbres del Morro, los bulliciosos paucares comenzaban a proferir no sólo sonidos propios de la mayoría de las aves, sino

palabras que frecuentemente escuchaban por allí, especialmente de boca de doña Indalecia Torres.

Así, era frecuente escuchar que los paucares decían clarito: *“te voy a matar, te voy a matar, so adefesio, so adefesio de hombre”*; *“si te encuentro con esa puta, los mato a los dos, a los dos, a los dos”*, *“desgraciado acá llegas como mango chupado, y ya no cumples, ya no cumples”*; *“te las das de hombrazo no... pero ya no jalas, ya no jalas”*; en fin, los benditos paucares eran como una grabadora de las cosas que doña Indalecia le decía a su marido don Tolentino Rodríguez que, al parecer, a pesar de sus setenta años, era todavía un mujeriego de marca mayor, o por lo menos, eso alucinaba su Indalecia...

Se compra pichihuichi ... Para chucho de parturienta

En aquellos tiempos que ya no volverán jamás, las mujeres de La Ochora, en su mayoría... ¡qué buenas lecheras que eran! Daba igual que tuvieran senos grandes o pequeños, porque en cualquiera de esas formas, podían amamantar hasta mellizos o gemelos sin siquiera pestañear. Según decía don Alfredo Sandoval, en eso de que las mujeres de un pueblo tengan en particular algún tipo o clase especial de glándulas mamarias, en La Ochora las había para todos los gustos y antojos.

Y era cierto. En el pueblo había mujeres de senos pequeños como limones, como pijuayos o, por último... como dos huevos fritos, qué más da, para los que gustaran de tetas pequeñas en sus mujeres. ¿Qué hay varones a los que les gusta que las mujeres tengan senos pequeños?, ¡claro que los hay!, porque ellos dicen que aquellas están dotadas de buenas caderas y de inmejorables piernas, a diferencia de las que tienen senos enormes, pero que sus piernas son por lo general delgadas. En ese sentido, por su parte, don Alfredo Sandoval era muy práctico. Él simplemente afirmaba:

— Yo no sé para qué diablos, ciertos hombres se preocupan tanto de las piernas de las mujeres. A mí me da igual. Porque a la hora de la hora, a las piernas las tengo que hacer a un lado y ni cuenta me doy de su existencia.

— Está bien pué cumpa Alfredo. Eso es completamente cierto. Pero no me va usted a negar que las mujeres que tienen senos grandes, tienen en contrapartida piernas de tordo, abajo flacas y arriba gordo —le contestó don Tolentino Rodríguez, que era su compañero inseparable en las faenas de caza—.

—Ya te he dicho Tolentino que, a la hora de la hora a las piernas, gordas o flacas, hay que hacerlas a un lado — volvió a reiterarle don Alfredo Sandoval, que en eso de conocer mujeres nadie le podía contradecir, porque según él contaba, las había gozado en todas las clases y layas cuando fue cauchero en Iquitos, desde bufeas rosadas y nativas, hasta brashicas, colochas y gringas, dando de esta manera por concluida esa conversación—.

Pero volviendo al tema de las glándulas mamarias de las mujereas de La Ochora, había también las que los tenían como caimitos, como naranjas, como zapotes, como papayas o como huingos grandes y redondos o largos y

oblongos. Sin embargo, todas sin excepción eran buenas amamantadoras de sus hijos, a pesar de que en esos tiempos no existían campañas del Estado ni de las ONG, que incentivaran la alimentación de los hijos con leche materna porque, al margen de cualquier duda, eso era lo mejor que una madre ochorina podía darles a sus hijos, claro está, además de la vida que ya es un regalo grandioso.

Dígase también de paso, pero sólo de paso, que en ese tiempo las madres amamantaban a sus hijos, porque en el pueblo no había muchas vacas que pudieran ser ordeñadas para suplir la leche que las madres tenían que dar a sus hijos de sus propios senos. Eran tan pocas las vacas en el pueblo que cabían todas en la plaza de armas, en donde se recogían para dormir por las noches, después de pastar libremente durante todo el día, en las enormes, verdes y pujantes pampas que circundaban a La Ochora en ese tiempo.

Tampoco había avena en bolsas o frascos de plástico, ni leche evaporada en tarro o bolsitarro, ni leche en polvo para bebés ni nada por el estilo, porque de traerlos hasta allí en avión desde la Costa, porque el avión era el único medio de transporte que existía para allí, hubiera costado una fortuna, que difícilmente la gente de La Ochora habría

podido pagar, ya que todos vivían a base de una economía típica de producción para el autoconsumo.

Cuando una mujer no tenía leche por esas cosas de la vida, porque las había también de aquellas que, por más que se les aplicaba toda la ciencia conocida para hacer que tengan leche, jamás les llegaba a salir de los senos una cantidad suficiente para dar de mamar a su bebé, ni mucho menos para que después de hacerlo, a esos bebitos les tengan que hacer botar un chanchito. Sin embargo, les quedaba el recurso de alimentar a su niño con panatela de plátano, que se preparaba a base de una harina que se fabricaba moliendo rodajas de plátano verde secadas al sol, en el mismo molinillo corona que servía para moler el café tostado en tiesto de barro, al que mi abuela le echaba un poco de chancaca desmenuzada hasta que se vuelva negro, sólo para otorgarle más color, ya que ese especial aroma propio del café del Alto Mayo, los cafés de La Ochora lo tenían más que de sobra.

Cuando la gente no tenía el tal molinillo, simplemente molía las rodajas de plátano verde secas al sol, con un chungo de piedra sobre su batán, también de piedra. Como la tal panatela, que cualquiera diría que iba a tener el sabor y el aroma del café, por haber sido molido en el mismo molinillo de hacer el café, la cosa era que a la hora de la hora... sabía simplemente a inguiri o plátano verde

sancochado sin sal, pero... ¡qué bien se criaban los muchachos en La Ochora con ese alimento!

Pero antes de llegar a la panatela aquella, había que agotar una serie de técnicas producto de los altos estudios de nuestros ancestros, para lograr que las mujeres tengan harta leche para dar de mamar a sus hijos. La técnica o el ritual que decían que era más efectivo, era aquel que consistía en darle de tomar a la parturienta —después que le ha salido el calostro, cosa que era difícil de verificar porque justamente no tenían leche casi para nada, menos para fabricar cuajadas—, un sustancioso caldo de pichihuichi, ave cantora que abundaba en el pueblo y a la que conocen en otras latitudes como gorrión.

Al los pichihichis de La Ochora les gustaba hacer sus nidos en las guayabas, las guanábanas (huanahuas), los palillos o los caimitos que crecían de su cuenta en las pampas del derredor del pueblo. Por la pampa de Chota, que en ese tiempo era inmensa, había cantidad de guayabas, palillos o guanábanas. Allí había que ir a cazar los pichihuichis, por la facilidad de que, si se erraba el primer baladorazo, éstos volaban sólo hasta la próxima guayaba, palillo, guanábana o caimito y allí esperaban como los inocentes pajaritos que eran a que su cazador

haga los intentos que sean necesarios para tumbarlos de un jebazo.

Había expertos cazadores de pichihuichis en La Ochora. Éstos tenían su balador de horquilla que fabricaban de una rama de café. Este arbolito tiene la particularidad de que en sus ramas, de trecho en trecho, le crece una especie de nudo, y de allí le brotan dos ramas menores en forma perpendicular a la rama principal, más o menos como en una cruz. Hay que cortar la rama esa del café y calentándolas en el fogón, se les daba la forma que uno deseaba y se obtenía una horquilla excelente para el tira jebe o balador que, por lo general, casi todos los muchachos teníamos.

También se hacía esta horquilla con ramas de guayaba, siguiendo el mismo procedimiento. Una vez que se contaba con el arma (balador) había que fabricar las balas. Estas se hacían de arcilla o greda, a la que había que amasar antes de hacer las bolillas que se secaban al sol. Con balas de greda y balador con horquilla de café o de guayaba, no había pierde en la puntería.

Por un pichihuichi solían pagar hasta dos reales o una peseta y para un buen caldo había necesidad por lo menos de dos. Ganarse cuarenta centavos de esa manera, era

relativamente fácil, porque a un peón para el tirapeo de la chacra le pagaban tres reales por todo un día de trabajo. Lo difícil era conseguirse al cliente que los compre. Y como la población era tal vez de mil personas, eso era completamente difícil. Pero si se presentaba esa necesidad, el caldo de pichihuichi lograba milagros. Las mujeres que lo tomaban tenían de allí en adelante leche hasta para regalar...

Las mujeres de este modo dotadas para amamantar, con mucha amabilidad se ofrecían para hacer las veces de sus madres, cuando los bebés se quedaban en La Ochora con algún familiar que no podía hacer esta labor, cuando sus madres se iban a Moyobamba a realizar allí alguna tarea específica que había que hacerla necesariamente allí en la capital de la provincia y del departamento, o cuando se iban a sacar una tarea en alguna chacra de siembra de maíz o de arroz. Sólo que había algunos bebés togados que preferían seguir llorando de hambre, antes que coger una teta que no fuera la de su madre. Así era la cosa...

Los cotoles del Tangomí

Entre La Ochora y Rioja, además del río Tónchima, hay un riachuelo que se llama Tangomí, el mismo que tiene sus aguas del color de una taza de té *chuya*. Claro que sólo de apariencia, porque si se arroja un poco del líquido que contiene aquella sosegada quebrada hacia el cielo, para ver su color, se verificará que es cristalino y que no se diferencia para nada de cualquier otra agua... limpia, que por esos rumbos discurra.

Igualmente, a ninguna de las gentes de esos lugares, aún cuando fueran shishacas de origen o “de nación”, —como diría en son de risa “la vieja” Rosalía Céspedes como equivalente a decir “de nacimiento”—, se le ocurriría referirse a él con el respetuoso apelativo de “río”, porque de quebrada no pasaba, aunque inundara en épocas de lluvia con sus aguas ambarinas de té *chuya* —como ya se dejara establecido líneas arriba—, a centenares de hectáreas de hoyadas de sus antiguas querencias o de sus nuevos ámbitos de influencia, ni aunque forme grandes meandros y cenagales por los sitios que recorre

apaciblemente y sin ninguna prisa en su camino hacia el gran río Mayo.

El Tangomí era el lugar preferido de los pobladores de La Ochora para su pesca anual de mediados de agosto, que es cuando su caudal bajaba al mínimo y era posible esa faena sin gran desperdicio de barbasco. Los de Rioja, al parecer, ni se enteraban de ese bullicioso acontecimiento, porque después de muchos kilómetros de bajada del Tangomí rumbo al río Mayo, del cual es su afluente, pasando por grandes bosques, sabanales y pampas de cortadera y shapumba, recién se acercaba lo suficiente a La Ochora como para, en tres o cuatro horas de viaje a pié, llegar hasta allí en grandes caravanas con la ex profesa finalidad de pescarlo con barbasco (que era una cruel matanza general de todos los seres vivos que lo poblaban).

Comenzando por el Gobernador y el Alcalde de La Ochora, se organizaba esta tradicional pesca. Había que determinar con la precisión que ahora concede el uso del GPS para este tipo de cosas —y que hasta hace poco se garantizaba dicha precisión con el teodolito—, los retazos del Tangomí en los que la gente acondicionaría su campamento; pero que, en aquél tiempo, sólo lo hacían expertos montaraces del pueblo a pura intuición, pero sí

con una gran dosis de experiencia, espíritu de justicia y mucho sentido común.

A mi familia le correspondía el sector denominado “*Masho*”, que era el segundo de bajada por el curso natural del cauce del Tangomí. Ese sector no tendría más de un kilómetro de longitud, pero a decir de los más viejos, era el más rico en *cotolos*, preciado pez de agua dulce muy parecido al bagre, por sus bigotes y la ausencia de escamas en su piel, pero más rico que éste en sabor, grasa y proteínas. Según era de entenderse, la tal abundancia de *cotolos* en *Masho* se debía justamente a que por esa zona, existían árboles muy grandes que con sus raíces, tejían un enmarañado hábitat para esta singular especie.

Obviamente los demás retazos del Tangomí tenían también lo propio, porque después de la pesca todo el pueblo olía a pescado ligeramente *cagnayashca* por cualquiera de sus rincones, lo cual certificaba que los demás pobladores también tenían la suficiente ración de *cotolos*, como para contribuir con su parte a la generación de esa trashumancia inconfundible que duraba no menos de quince días en todo el pueblo y muchos metros más a la redonda.

En ese tiempo se comía pescado en el desayuno, el almuerzo y la comida. Y si había lonchecito, también allí. Se respiraba olor a pescado todo el día y toda la noche. A consecuencia de ello, creo que los profesores de la escuela eran los que pagaban más el pato, porque no faltaba algún odioso e impertinente muchacho que en plena clase, se soltara un cuesco silencioso que terminaba haciendo salir en estampida a todos sus compañeros de clase, incluyendo al maestro, que con el pretexto de hacernos regresar al salón se iba también muy lejos de allí.

Si es que en algún caso el profesor llegaba a preguntar ¿Quién ha sido el terrorista que...? ¡Jamás recibía respuesta! Simplemente, todos sabían que tales bombas asfixiantes eran producidas por las proteínas de los *cotolos* del Tangomí, ¡qué caray!... aunque no fuera sólo la culpa de ellos. Cuando se producía la pesca, el Tangomí se hallaba literalmente hirviendo de *insbacos*, *pucabuicasas*, *shuychalluas*, bagres, mojarras, *shiruyis*, *bujurquis*, *atingas* y obviamente... *cotolos*, que eran los peces más requeridos y ambicionados por todos, por su incomparable sabor y valor proteico.

Y es que además... en aquellos tiempos no existían todavía las refrigeradoras, ni los “frío-bar”, ni las congeladoras, por lo menos allí en La Ochora, aunque

refrigeradoras Electrolux a kerosene si había ya en Moyobamba, en ciertas tiendas de comercio. Por ese detalle, el pescado tenía que salarse y orearse al sol en interminables sartas que para ese fin tenía cada patio de las casas. Los *cotolos* eran tan gordos que cuando esto ocurría, un hilito de aceite amarillo comenzaba a gotearles por las oscuras y brillantes colas, que algunos gatos ceniceros tenían la paciencia de esperar que caiga dentro de sus fauces abiertas.

Para la pesca del Tangomí las escuelas se cerraban, no había nada qué hacer. El pueblo parecía abandonado. Sólo se quedaban allí, los bebes de teta, los ancianos que ya no podían caminar, las embarazadas en víspera de dar a luz, los que estuvieran enfermos y alguno que otro perro, que también por viejo, ya no pudiera hacer el viaje de tres a cuatro horas hasta el puesto de pesca. Si algún alumno le preguntaba a su profesor:

—Disculpe usted maestro, ¿y usted piensa hacer clases los días que durará la pesca del Tangomí? —y, a pesar de que la pregunta era por demás socarrona, el diligente maestro se daba el trabajo de contestarla de este modo—:

— Por supuesto que sí mis queridos garrapatines: ¡si ustedes vienen a clase! De lo contrario, si todo está *chunlla* por acá ¿a quien ya vuelta yo le haría clases? —solía contestar el maestro enfatizando diligentemente “si ustedes vienen”—.

¿Quién iba a asistir a la escuela ante tal alternativa? Además, los entusiastas muchachos de la escuela se encargaban de propagar por radio geta la frasecita “si vienen yo hago clases”, que “dizqué” había dicho el maestro, entonces... todos sacaban la conclusión de que nadie se atrasaría de ninguna lección, porque todo el pueblo —incluidos los mismos maestros— irían a algún retazo del Tangomí para la tradicional faena. La pesca de los *cotolos* del Tangomí, en esos trances y circunstancias estaba... primero que nada.

Entonces... ¡qué escuela, ni qué clases, ni qué ocho cuartos! Todos nos íbamos de pesca y esa pesca... ¡Era una fiesta inolvidable!...

La Ochora versus Yantaló

El fútbol —eso ya se sabe— produce fiebre en cualquier parte del mundo. La Ochora no podía ser la excepción de esa regla. Además, nadie en su sano juicio, hubiera querido que lo fuera. Por lo tanto, cuando era niño el que narra esta historia, había en el pueblo dos equipos. Uno era el *Sport Dos de Mayo*, de los más entrados en años; pero, capaces todavía de volver renegrido a más de un *pingullo* de algún atacante enemigo. Y el otro, el equipo de los jóvenes, se llamaba *Deportivo Alfonso Ugarte*.

Ambos, tenían su propio local para hacer bailes y otras actividades, que se realizaban con el propósito de recabar fondos para el sostenimiento del club, o el financiamiento del partido de fútbol pactado para alguno de los domingos del año. Cuando un equipo venía al pueblo como visitante, había que pagar los gastos de recepción y alimentación de los integrantes de dicho equipo que nadie hubiera llevado de huésped a su casa, la música de la

noche de baile y la copa o trofeo que tendría que disputarse en esa ocasión. El local del *Dos de Mayo* era una casona antigua de paredes de tapial, de dos pisos y techo de teja, que quedaba en una de las esquinas de la plaza de armas en el cual, en la actualidad, se ha construido el local de la Municipalidad Distrital. El *Alfonso Ugarte*, por su parte, funcionaba en la sala de la casa de don Antonio Torres, que la prestaba gratuitamente a este club para sus actividades. Ambos locales estaban separados por menos de media cuadra de distancia.

Podría decirse que el *Sport Dos de Mayo* y el *Deportivo Alfonso Ugarte*, salvando ciertas distancias, eran algo así como los clubes *Universitario de Deportes* y *Sporting Cristal* de la capital de la república, el Barcelona FC y el Real Madrid de los chapetones o el Boca Juniors y el River Plate de la tierra de los gauchos. Claro que el *Dos de Mayo* sólo disponía para sus partidos locales, de sus camisetas verdes y sus pantaloncillos negros. La mayoría de sus jugadores jamás usó botines, salvo don Alfredo Sandoval y don Lucho “Verdura” González que, para variar, eran cuñados y jugaban como los dos únicos defensas del equipo, detrás de los tres mediocampistas y los cinco delanteros: dos punteros, dos interiores y un central.

En cambio los del *Deportivo Alfonso Ugarte* eran puro “garrapatines togados” —al buen decir de los viejos del *Dos de Mayo*—, porque la mayoría de sus integrantes dizqué usaban, además de sus casaquillas rojas y sus shorts blancos, medias también rojas y botines de fútbol, los famosos “suspensores”, que suspendían como su nombre lo indica las golondrinas de los jugadores. En este club era donde militaban mi tío Elías González —que para variar era huishto— y su hermano menor Demetrio González, que primero fue arquero titular del equipo del Colegio “Serafín Filomeno” de Moyobamba, luego de la Escuela Normal de ese mismo lugar y, por supuesto, por allí no más, de la Selección Departamental de Fútbol de San Martín.

La cosa era que cada domingo por las tardes —llueva o truene—, se enfrentaban a muerte estos dos equipos, bajo la complacencia de todos los habitantes del pueblo. Los más viejos hacían añicos a los *pingullos* de los más jóvenes, podría decirse que a propósito, al verse superados por éstos en velocidad y en capacidad para driblear y gambetear. Pero, las veces que había que hacer frente a los yantalinos, cualquiera de los dos se reforzaba con los mejores jugadores del otro equipo y se hacía una selección que defendía con igual fuerza y coraje las sedas —

precisamente porque las camisetas eran de ese material textil— del equipo que le tocara esa vez.

Cuando había esta clase de partidos de fútbol, todo el pueblo de Yantaló llegaba a La Ochora a eso de las diez de la mañana del día domingo, con su banda de música de hojas tiernas de coca, de café o de cualquier otra variedad de planta que para el caso sirviera. Los de La Ochora, por su parte, los esperaban por la pampa de Marañón, que es por donde ellos llegaban. Se soltaban avellanas desde que se escuchaba la “banda de músicos” de los visitantes y, en medio de un júbilo especial ambos equipos hacían en columna de uno su entrada triunfal al pueblo. A las tres de la tarde en la cancha de fútbol, desaparecían todas las cortesías de la llegada y jugadores e hinchas, lo único que querían era ganar esta vez el partido que se estaba jugando... ¡a muerte!

Los hermanos Ocampo —cinco en total— en el equipo de Yantaló eran temibles, no había nada que hacer, pero La Ochora también tenía lo suyo. En el arco era insustituible Demetrio González y en la defensa lo eran Alfredo Sandoval y Lucho González. El medio campo era una mezcla de jugadores del *Dos de Mayo* y del *Alfonso Ugarte*, pero la delantera estaba formada casi íntegramente por los muchachones de este último equipo, con el *huishto* Elías González de central.

El caso más anecdótico que ocurrió en uno de estos ardorosos encuentros fue que, sólo después de concluido el partido, los dos defensas titulares del *Dos de Mayo* — Luis “Verdura” González y Alfredo Sandoval—, la vez que les tocó defender los colores del *Alfonso Ugarte*, se dieron cuenta que habían jugado con los calzones blancos de guato de sus mujeres y que habían sido ellas, precisamente, las que les aprovisionaron con tales prendas para darles suerte y hacerse del triunfo.

—Los calzones de nuestras mujeres compadrito Lucho, son los que nos han traído suerte esta vez. Yo creo que siempre que juguemos por el *Alfonso Ugarte* voy a tener que hacerlo así —le comentó en voz baja Alfredo Sandoval a su cuñado Lucho “Verdura” González—.

—Ni modo, porque cuando juguemos por el *Dos de Mayo* eso no podrá ocurrir, porque ninguna mujer que conozca usa calzones negros —le contestó éste, muy convencido de lo que estaba diciendo—.

Nuestro caballo “El Ruso”

Mi abuela en La Ochora poseía un caballo de pelambre colorada, muy manso y noble que se llamaba “Ruso”, para que nosotros con la ayuda de él, le hagamos diferentes mandados y comisiones, tales como: acarrear cada semana seis racimos de plátano colgados de a par y haciendo contrapeso sobre el aparejo de carga del animal —más una alforja de yucas de yapa—, desde las chacras de Meto a orillas del río Indoche hasta el pueblo; traer tres cargas de leña desde el monte hasta la casa; ir a recoger alguna encomienda de la agencia Faucett en Moyobamba, que su hija Ida Isabel le enviaba desde Cajamarca; traer desde ese mismo lugar, a alguno de los profesores que iba a actuar de jurado en los exámenes de fin de año en la escuela, entre otras cosas...

El trabajo de “El Ruso” y de “nosotros” consistía en eso, justamente. Cuando digo “nosotros” me refiero a mí (que

soy el que narra esta historia): primer nieto de doña Isolina Escalante y a mis tíos Reynerio, Calixto, Elías, Demetrio y Caleb. Ellos le pusieron “Ruso” de nombre al noble equino, por colorado y grandulón. Su pelambre era de un rojo oscuro intenso que, cuando fue potrillo, brillaba a la luz del sol como la lumbre que producían los bagazos de la caña de azúcar del trapiche cuando se encendían en la madrugada para atrapar a las siquisapas quemándoles las alas, una vez que se había identificado las troneras por donde saldrían volando como desesperadas, después de una lluvia con truenos y relámpagos.

A diferencia de otros caballos que conocíamos, el “Ruso” no era pajarero, ni chúcaro, ni asustadizo, ni maloso. Cumplida su tarea, cuando lo soltábamos para que vaya a la pampa que circundaba al pueblo a pastar libremente, reclamaba primero que le diéramos su recompensa por el trabajo que había realizado. El premio consistía en algunas cáscaras de plátanos maduros, caña de azúcar cortada en pedazos pequeños o un buen trozo de chancaca que yo, a hurtadillas de mi abuela, sacaba del cántaro donde ella los guardaba y le metía por los belfos a plena satisfacción de él. De tanto comer estos dulces trozos de chancaca, al pobre caballito se le acabaron de carear los dientes delanteros antes de hacerse muy viejo.

El “Ruso” tenía como distintivo —no se llegó a saber de qué— una estrella blanca en su frente que, a veces, le cubrían por completo sus negras e hirsutas crines. Esta blanca estrella sólo se le podía ver, las veces que mi tío Reynerio le cortaba las crines para hacer escobillas o para hacer alguna reata de cerda para amarrar la carga. Él no protestaba cuando le cortaban los pelos tiesos aquellos del cuello, pero no le gustaba que hagan lo mismo con las de su cola, porque esos sí que le servían para espantar especialmente a los tábanos, que pretendían chuparle la sangre inmisericordemente de las ancas u otras partes de su cuerpo, así como para impedir que hagan lo mismo otros bichejos con esas mismas costumbres.

El encargado de ir a recogerlo de la pampa donde pastaba generalmente por las noches era yo. En las madrugadas lo encontraba a veces degustando la fresca yerba que crecía al interior de la cocha de Marañón, camino a Tío Yacu y Yantaló. Para no entrar hasta allí para ponerle la brida, acostumbraba llevarle un plátano maduro y silbarle de un modo ya acostumbrado. Tan pronto él escuchaba mi silbo, venía emitiendo unos sonidos onomatopéyicos característicos que denotaban su alegría de verme y de recibir el obsequio que le llevaba. Mientras él me recibía de la mano el plátano maduro, yo aprovechaba para atarle el cuello con la soga y después que comía, para hacerle el

bozal con el que habría de manejarlo. Para montarme a él, tenía que buscar una loma o una *quiruma* apropiada.

Cuando él me sentía sobre su lomo, a trote se dirigía a la casa donde vivíamos, pero varias cuabras antes de llegar a ella comenzaba a correr primero suavemente y luego a galope tendido como un loco. Cuando había que pasar un puente, de los muchos que había en las esquinas, a sabiendas que no me caería, él lo pasaba de un salto. Al ver estas demostraciones tanto del caballo como de mi parte como jinete, mi abuela una vez me dijo:

— No sé qué horas so adefesio de muchacho te vas caer del caballo y cuando te lisies el brazo o una pierna, tú ya sabes, te voy a llevar donde doña Peta para que te lo componga.

—No abuelita, eso no va a ocurrir. El “Ruso” es mansito y él ya sabe cuando comienza a galopar y luego a saltar los puentes.

Del “Ruso” no me caí jamás. Me caí cierta vez del “Mejoral”, uno de los caballos de mi primo Sergio Torres Escalante, porque era pajarero, cuando fuimos al puerto de Morillo a esperar a su padre, que bajaba de Cunchihuasi por el río Indoche con plátanos y yucas.

Aunque, recordando bien las cosas, hubo una vez, que aquel noble caballo no me quiso obedecer.

Una vez cuando estuvimos ya por llegar a Moyobamba, de donde tenía que recoger una encomienda que mi madre le enviaba por avión a mi abuela desde Cajamarca, el “Ruso” se paró en seco y no quiso dar un paso hacia adelante. Tenía las orejas paradas de punta y dirigidas hacia un lugar del camino donde la maleza casi lo había cubierto por completo. Al fijarme bien en esa parte del camino, no sin poca sorpresa, vi el espeluznante espectáculo de una enorme víbora cruzando lentamente ese trecho libre de hierbas y arbustos, formado por el camino de herradura. La bendita serpiente no había cuándo termine de pasar, por lo que tan pronto hice el ademán de dar media vuelta, el “Ruso” me obedeció y bien mandado comenzó a huir de allí a galope tendido.

Correría el caballo sin dar muestras de querer parar no menos de dos kilómetros. Pensé que al llegar al río tendría que hacerlo obligado por esa circunstancia, pero antes, un grupo de tres ochorinos que también se iban a Moyobamba pero a pie, lograron contener la veloz carrera del animal. Después de contarles lo sucedido, bien acompañado con ellos, reinicié el viaje hacia Moyobamba, pero al pasar por donde había cruzado el camino la

enorme serpiente, el “Ruso” otra vez se plantó en seco. Fue necesario que, de la brida, lo pase jalando uno de nuestros acompañantes...

Muchos años después de esa aventura, el “Ruso” se murió un día de puro viejo, cuando ya casi había perdido todos sus incisivos por su costumbre de comer chancaca y, encima de eso, cuando la mata que le salió en su lomo, no había cuando termine de curarse. La mata le salió al pobrecito debido a que una persona a la que mi abuelita le dio prestado su noble animal, no le puso bien ni las caronas ni la montura. A nuestro “Ruso” lo enterramos en las chacras de Meto, porque allí se murió, debajo de una guayaba enorme que por allí había, porque esa fruta le agradaba de manera especial, tenga o no gusanos...

Mi prima Ishuca

Se llamaba Isolina —igualito que mi abuela—, pero en La Ochora toda le gente le decía simplemente Ishuca o para variar: “Ishuquilla”, las contadas veces que querían diferenciarla de aquella usando para ello ese diminutivo.

Ishuca era mi prima y la segunda hija del segundo de los vástagos de mi abuela: doña Isolina Escalante Rojas, la misma que, habiéndose quedado viuda sin cumplir todavía cuarenta años de edad y con ocho hijos a medio criar, supo salir adelante y labrarse su porvenir y el de toda su familia, sin necesidad de conseguir nuevo marido ni padrastro para su grande y extensa prole, porque a los ocho hijos con los que enviudó, nos sumamos yo, como su primer nieto, y mi tío Calicho, al que también crió como hijo suyo.

El que relata esta historia era el primer nieto de esa gran mujer de temple y carácter que fue en La Ochora, —como

ya lo dije— mi ilustre abuela. Pero mi prima Ishuca, tercera nieta de aquella, porque su hermano mayor Juan me seguía en edad, al no tener con quien andar y juntarse para jugar, lo tuvo que hacer con nosotros sus parientes varones más cercanos, para lo cual, su madre la vestía con overoles y le amarraba todo el pelo para atrás, en una especie de cola de caballo, del que la jalábamos a veces en broma y otras en serio, para tratar de lograr que desista — cosa que jamás conseguimos— de andar siguiéndonos en nuestras correrías para cazar vivos a los pichichuichis en la Pampa de Chota, pescar pucahuicsas en Shiruy Cocha, traer los caballos de la Pampa de Marañón, bañarnos en la cocha de Viejo Chimba o subirnos como monos a las naranjas, las guabas y los caimitos para darnos grandes empanzadas con esas frutas.

Mi madre, por su parte, que fue la tercera hija de mi abuela, cuando estudiaba la secundaria en el Colegio “Serafín Filomeno” de Moyobamba, en lugar de concluir sus estudios regularmente como los demás, se diplomó de madre soltera antes de cumplir los dieciocho años de edad, estando todavía en tercer año de media. Es de presumir que para impedir que siga viéndose con mi padre, —que era casado y con seis hijos hasta ese momento, además de su profesor de Letras en las áreas específicas de Historia y Geografía—, la “deportaron” a la

capital de la república, quedándome desde aquel tiempo al cuidado de mi bizarra abuela, con tan sólo un año de edad. Ella me crió desde entonces igualito que a sus demás hijos, hasta los doce años, fecha en la que por fin pude venir al poder de mi madre, que vivía en Cajamarca. Pasados dos años del incidente familiar por el cual yo vine a este mundo, el segundo hijo de mi abuela que según su partida de nacimiento se llamaba Luis Estauromiro González Escalante, pero que en el pueblo le decían sólo “Lucho Verdura”, por tener una gran vocación para producir toda clase de estos vegetales en sus chacras del río Indoche y hasta en la huerta de su casa, contrajo matrimonio con Leticia Sandoval, una de las más hermosas ochorinas de ese entonces. Para eso se independizó de la tutela de doña Ishuca: su madre, y fundó su propia familia.

Desde muy temprano, aquellos dos esposos abrazaron la religión evangélica anglicana, que por aquellos tiempos tenía en Moyobamba una de sus sedes y estaba propulsada por varios británicos que en su mayoría eran naturales de Escocia. El más conocido de todos ellos llegó a ser el doctor Lindsay —al que la gente, tanto de Moyobamba como de La Ochora, conocía sólo como “el doctorcito Lince”—. Antes de Lindsay, ejerció la medicina por allí, el doctor Mac’kay, también británico.

Sin embargo, fue el “doctorcito Lince” el que llegó a tener más carisma por esa parte del valle del Alto Mayo, gracias a que su grupo religioso solventaba el “Hospital Evangélico” de Moyobamba, en el que él atendía y operaba no sólo a evangelistas sino hasta a católicos, agnósticos y ateos, siempre que se trate de gente necesitada y de escasos recursos económicos, con la ayuda de su esposa “miss Flora” y de “mis” Florence, ambas enfermeras de profesión y a las que no les gustaba que les digan “gringas” ni siquiera en broma, ni mucho menos “inglesas”—que para ellas era casi lo mismo de ofensivo—, porque según sus propias consideraciones ellas eran “británicas”. Pero si querían referirse a ellas por su nacionalidad, lo mejor que podían decirles era “escocesas”, porque eso sí lo eran y de pura cepa, al igual que su whisky.

Mi prima Ishuca y su hermano Juan, por lo tanto, al igual que yo, por esas circunstancias y por otras que posiblemente existieron, desde pequeños comenzamos a frecuentar la escuela dominical y el “culto” de los sábados por la noche, que algunas veces venía a celebrar en La Ochora el mismo doctor Lindsay, que a la postre era también Pastor; pero, normalmente, el que corría a cargo con todos estos actos religiosos evangélicos era el pastor

Luis Torrejón, que vivía en Moyobamba y que a diferencia de los otros pastores colorados, era peruano y trigueño.

Como los tres primeros nietos de mi abuela que fuimos: yo y mis primos hermanos Juan e Ishuca, nos criamos en La Ochora bastante sueltos en plaza. Al referirse ella a nosotros, decía:

—Un muchacho, buen muchacho; dos muchachos juntos, todavía soportables, pero... tres muchachos, el mismo *shapingo* (diablo) en persona.

Y qué razón tenía esa pobre viejecita de blonda cabellera plateada. El caso era que mi tío Lucho “Verdura” y su esposa Leticia, como tenían que ir a la chacra muy temprano, a esa misma hora le dejaban encargando a mi abuela a sus hijos Juan e Isolina que, al juntarse conmigo, resultábamos haciendo el grupo de “tres muchachos juntos” al que tanto ella temía. No era para menos, porque mi prima Ishuca era el mismo *shapingo* vestida de niña, sin querer decir con ello que Juan y yo fuéramos unos santos, lirondos y apacibles niñitos. Los tres juntos éramos terribles e incorregibles traviesos muchachos, además de inventores de una y mil diabluras. Para simplificar... ¿qué travesura más bien no habremos hecho en la casa de mi pobre abuela?

Una de esas veces mi prima Ishuca se apareció por la cocina donde estaba cocinando mi abuela, con casi todo el overol embadurnado con huevos de gallina a medio reventar, porque se sentó a ovar los huevos que estaba empollando una gallina, cuando faltaba menos de una semana para que los pollitos rompan el cascarón. Otra vez, se cayó del burro en la pampa de Chota y se dislocó el brazo, por querer trotar en él igual que habíamos hecho los varones. La vez que fuimos a nadar en la cocha de Viejo Chimba, casi se ahoga por meterse a una poza sin saber nadar. En fin, le han pasado tantas cosas que sería difícil enumerar.

Lo único de bueno de tener a mi prima Ishuca de nuestro rabo, fue el hecho de que siempre estaba ella de nuestro lado, en las buenas y en las malas, o convenga o no convenga, pero si bien su pecho era una tumba, su boca era una campanilla. En caso de reyertas ella se trompeaba igual que nosotros, las veces que tuvimos que hacerlo porque un gol no era convalidado, por un faul muy sinvergüenza o por un par de bolitas de cristal que no queríamos perder en el juego de bochas o canicas.

Una argentina en La Ochora

Eran esos tiempos en los que las escuelas andaban separadas por el género de los alumnos, cómo si eso fuera cosa corriente y natural en la sociedad o en cualquier ecosistema del planeta Tierra, en el cual todos vivimos juntos. La Ochora no era la excepción a tan aberrante forma de segregación y marginación que se diera —no se sabe por “obra y gracia” de qué clase de “sabio o bestia humana”— precisamente en la niñez y encima en la educación.

El pueblo tenía, por lo tanto y a consecuencia de ello, dos escuelas primarias, una de varones, cuyo director era don Nicanor Reatégui, y otra de mujeres, cuya directora era doña María Timotea Escalante Rojas, —hermana menor de mi abuela Isolina— además de una escuela elemental que, en contrapartida era mixta, vaya a saberse por qué clase de equívoco de aquellos sabios que crearon el

adefesio anterior o, de repente, por qué milagro de pizca de sentido común.

Cuando estudiaba el tercer año de primaria en la escuela de varones —en ese tiempo la primaria estaba estructurada en cinco años de estudios, de primero a quinto, más un año de “transición” que se hacía en la escuela elemental— recuerdo que mi tía María Escalante llegó al término de sus labores escolares de la tarde, a la casa de mi abuela Isolina con la siguiente novedad:

—Fíjate hermana que el Nicanor ha enviado ayer domingo a su hijo Eliseo a la Argentina, para que estudie allí la carrera de medicina humana.

— Bueno pues hermana, eso está muy bien según mi parecer. De ese modo, dentro de algunos años, que pasan volando, tendremos acá en La Ochora un doctor para que nos cure de todas nuestras enfermedades —le contestó con la naturalidad del caso mi abuela—.

—Claro que eso está muy bien, Ishuquita. Pero el caso es que, como el pobre Nicanor no tiene título pedagógico, gana menos que aquellos que lo tenemos y, según me contó él mismo, tendrá que enviarle a la

Argentina casi el íntegro de lo que gana, en un giro en dólares por la Caja de Depósitos y Consignaciones.

— El que quiere celeste, que le cueste —le contestó doña Isolina a su hermana María esta vez con un refrán, como era una costumbre natural en ella para cuando se trataba de zanjar alguna diferencia de opinión, para luego agregar con su cordura y sentido común de siempre— pero no creo que eso le afecte demasiado a don Nicanor, él tiene una buena tienda de abarrotes, por lo que, según mi experiencia, podría asegurarte que no pasarán hambre los que se quedan acá en La Ochora. Las ganancias en una tienda son pequeñas y gotean aunque no chorreen.

— Tienes razón en todo Ishuquita. En eso yo no te puedo contradecir, porque tú has tenido también una buena tienda en Saposoa y lo sabes por experiencia. Pero debe dar mucha pena tener un hijo estudiando tan lejos de uno ¿no te parece?

— Estudiar en la Argentina, por cierto, será un sacrificio para el joven Eliseo, por tener que hacerlo muy lejos de donde viven sus padres. Igualmente duro lo será para su padre y mucho más para su madre, la señora Rafaela, por tratarse de su primer hijo. Eso ya se sabe. Pero quien estudia triunfa, además, como medicina es una

buena carrera, eso tendrá sus compensaciones tarde o temprano y, con el tiempo, todos en La Ochora nos vamos a sentir orgullosos de tener un médico de nuestro pueblo y para nuestro pueblo.

— Ojalá pues hermanita lo que dices se cumpla, porque una vez ya hecho doctor, de repente no se queda en un pueblo tan chico como La Ochora y busca nuevo porvenir en otro lado, lejos de aquí, como Lima por ejemplo.

Mientras eso ocurría, la gente del pueblo y especialmente las mujeres jóvenes y bonitas que estaban ya para machete, comentaban en voz alta de este modo: “dicen que el Eliseo Reátegui se ha ido a la Argentina a estudiar medicina. Que si no se va, ya se hubiera casado. Más templado que las cuerdas del violín de don Ubaldo López estaba de la Dioselinda. Y eso es tan cierto como que me llamo Esperanza Torres.

Además, —decían otros entendidos en esa clase de materias— ¿pero, qué otra cosa hubiera hecho si se quedaba acá? En Moyobamba no hay ningún centro superior de estudios, porque allí sólo hay hasta la secundaria. Y eso de enviarlo a Trujillo para que estudie en la Universidad de ese lugar, le hubiera resultado igual

de costoso a don Nicanor. Además, aprobar allí el examen de admisión es una cosa casi imposible de lograr, en cambio en la Argentina, tiene ingreso libre, sin el bendito examen ese para entrar de acá del Perú. Claro que el que tiene plata ingresa facilito en Trujillo. Dicen que el truco es pedir revisión de pruebas... y allí está el amarre. En todo sitio se cuecen las habas, mi querido amigo, la corrupción campea por todo el país...

De cuando se fue Eliseo Reátegui a la Argentina ya habían pasado cuatro años y según sacaba sus cuentas la gente, don Nicanor ya se habría recuperado de los gastos del viaje que tuvo que hacer para enviarlo. Primero en el avión bimotor de la Faucett, para el viaje de Moyobamba a Chiclayo; de allí en los buses celestes de Norandino por la flamante Carretera Panamericana hasta Lima y, de de allí, por avión internacional hasta Buenos Aires. Todo pagado en dólares americanos.

En consecuencia, felices estaban todos, especialmente don Nicanor Reátegui, claro está, porque ya sólo faltaba un añito más de sacrificios para que vuelva su hijo Eliseo desde la Argentina convertido en todo un doctor —en la Argentina esa carrera duraba sólo cinco años—. Cuando... recibió un telegrama en donde su hijo le decía escuetamente: "*Señor Nicanor Reátegui, Moyobamba La Ochora*

stop mañana once horas llego Moyobamba stop esperarme con dos acémilas aeropuerto stop Eliseo”.

No había nada qué hacer, pensó para sí don Nicanor. Llegaba su hijo. Tendría que recibirlo como Dios manda. Ya era casi doctor en medicina. Encima, todo el pueblo estaba de fiesta con motivo de celebrar los carnavales, por lo tanto, era un buen momento para su breve retorno. Lo único de incómodo era que, como estaban en la primera semana de marzo, llovía a cántaros en toda la selva, como de costumbre. El Indoche, por lo tanto, estaría de bote a bote cuando fueran a esperarlo en el aeropuerto de Moyobamba y vadearlo sería un poco difícil llevando dos acémilas.

Lo que no terminaba de explicarse era por qué le había pedido dos acémilas su hijo. No se imaginaba ni remotamente para qué, si para él, sólo se necesitaría una. ¿Vendría acaso con un compañero de estudios o con uno de sus profesores? Bueno, se dijo, ese no era un problema, como él tenía un buen mular para su servicio, tendría que alquilar un caballo y sanseacabó. Sin embargo, como su coleguita María Escalante le podía conseguir el caballo que su hermana Isolina tenía también para su uso, esa parte estaba igualmente resuelta. Sólo le quedaba tener que decirle a su mujer que haga más juanes para reemplazar a

los que ellos llevarían de hambre a Moyobamba. En fin... ya estaba todo casi arreglado.

Al día siguiente don Nicanor junto con las dos acémilas que le había pedido su hijo y, acompañado de algunos familiares, estuvieron desde las diez de la mañana, esperando la llegada de su hijo Eliseo en el pequeño aeropuerto de Moyobamba. Todo estaba previsto. Los juanes de hambre. Las sombrillas para la lluvia, para los que tuvieran que volver a pié. Los ponchos enjebados para los jinetes. Sombreros para el sol, para todos sin excepción. En fin, no había nada que hubiera quedado al azar. Para su suerte, el Indoché no estuvo muy crecido a la hora que lo vadearon de ida. El único inconveniente era el barro del camino, pero como el que llegaba era un cholo ochorino, eso no sería mayor inconveniente...

Y llegó el viajero a eso de las once y pico de la mañana como le había anunciado en su telegrama. Pero... no llegó sólo. Se bajo del avión en compañía de una mujer de tez blanca, de pelo casi rubio, ojos claros y de una estatura no común en las mujeres de La Ochora. A simple vista era tan alta como Eliseo, pero viéndola bien, parece que le llevaba unos cuantos centímetros de talla, que podría deberse al uso de los tacones de ella. El caso era que la

mujer se acercaba hasta él, del brazo de su hijo Eliseo. ¿Acaso este zamarro se había casado sin avisarle nada?...

— Qué alegría verte papá después de cuatro años de ausencia. Te presento a mi esposa...

— No me has contado en tus cartas que te hubieras casado allá en la Argentina hijo —le contestó su padre en un tono cordial, pero no ausente de una gran preocupación—.

— Bueno papá, esas cosas pues... no creí necesario contártelas por carta, resulta muy impersonal; pero, en este momento te la estoy presentando en vivo y en directo y con eso creo que basta y sobra, me parece, o ¿acaso no es así? —le respondió su hijo, muy seguro de sí mismo y hablando, según lo que a él le pareció, como todo un doctor—.

— Si hijo, creo yo también que es así, ya me doy cuenta —le respondió don Nicanor como abrir sus brazos para abrazar a la recién llegada, pero aún con la sorpresa dibujada en su semblante y, pensando en que ya no valía la pena llorar sobre la leche derramada le dijo a la recién llegada— ¡Bienvenida hija a estas tierras de la selva peruana!

— Me shamo María Elia Montalbetti, señor Nicanor. Gracias por shamarme hija desde este instante. Pero a mí me va a tener que disculpar, por ahora no le puedo decir todavía papá. Creo que lo haré tan pronto me reponga del viaje —le contestó la mujer gaucha con gran naturalidad y desparpajo—.

— No te preocupes por eso, hija —volvió a tratarla de hija don Nicanor para inspirarle confianza—. Hazlo cuando tú creas conveniente. Pero ahorita hay que organizarnos de inmediato para iniciar el viaje hasta La Ochora, porque en este tiempo por las tardes llueve y es mejor adelantar el viaje, no sea que el río Indoché crezca. Tú irás en el caballo rojo, que es más manso, y mi hijo Eliseo que vaya en el macho.

— Pero ustedes señor Nicanor... ¿Cómo irán?

— A pié. Estamos acostumbrados a caminar, y esta es nuestra tierra, hija —volvió a insistir en lo de “hija”—.

Y la comitiva inició el viaje hasta La Ochora. El camino estuvo oreado. Era las once y cuarenta y cinco de la mañana y hacía el sol que ya se esperaba. Con suerte como no había llovido, no hubo mucho barro. Cuando llegaron al río Indoché, éste seguía tranquilo y manso. Lo vadearon

como se acostumbraba y pronto llegaron a la frescura del ambiente que siempre ofrecía a los viajeros el Mishquiaco y, en sus orillas decidieron acampar para almorzar el fiambre de juanes que habían traído. Después de hacerlo, asentaron su comida con la dulce agua de ese manantial prodigioso.

Bien almorzados, porque a todos les gustaron los juanes del fiambre, reiniciaron el viaje. Pasaron el enorme bosque de almendras y enrumbaron por los arenosos caminos de la Pampa del Morro. Allí, la extranjera no dejó de admirarse de lo colosal que resultaba en esa llanura, la altura singular del Morro. Y como era de esperarse, don Nicanor le pidió que no se riera del ídolo de piedra desnudo que hay en uno de los cerritos, si no querían soportar una lluvia intensa que les calaría hasta los huesos. La mujer gaucha no dio crédito a lo que le dijeron pero cumplió con pasar por allí con seriedad y respeto.

Llegaron a La Ochora cuando la tarde comenzó a enturbiarse con los rojos sangrientos del atardecer y el clima se suaviza y se vuelve fresco. Por esa razón, o porque ya estaba por iniciarse la noche, su llegada al pueblo pasó casi desapercibida. Fue al día siguiente en el baile que se celebraba en el local del club deportivo “Dos de Mayo”, que toda la gente se enteró de la noticia,

porque Eliseo Reátegui presentó a su esposa argentina María Elia Montalbetti a todos los asistentes a la fiesta, sin excepción.

En el baile de esa tarde, la orquesta de don Alejandro Villacorta Torres, que hacía gala de la inigualable sonoridad del acordeón, el “jazz-band” y las maracas, fue lo que más cautivó a la visitante gaucha, en razón de lo cual y para demostrar que estaba feliz, bailó y bailó sin descanso. Sin embargo, a eso de las cinco y media de la tarde había que salir en pandilla del baile para ir a cortar las unshas una a una en cada equina. Su Eliseo le explicó en qué consistía todo aquello casi con lujo de detalles, pero se olvidó de algo vital y muy importante.

A la hora de la hora, la pandilla a ritmo del acordeón, las maracas y los silbidos de los bailarines salió del local. Era costumbre en aquellos tiempos que los varones gritaran “*fierro a fondo, fierro a fondo, fierro a fondo*” cuando tenían que pandillear levantando una pierna y avanzar saltando solo sobre la otra pierna, lo cual escuchó la argentina y lo practicó imitando a los varones. Como estaba tan feliz participando de la fiesta, comenzó ella también a gritar “*fierro a fondo, fierro a fondo, fierro a fondo*” a la vez que, con una de las piernas en alto y saltando solo en una de ellas, siguió pandilleando como todo un experto ochorino.

Como era obvio, toda la gente: bailarines y acompañantes sin pareja de la pandilla, comenzaron a reír a carcajadas. La argentina no se imaginó el motivo de tanta risa y siguió en lo mismo, entusiasmada con el baile como estaba. Fue en la noche recién que su marido le explicó, con analogías y ejemplos, el significado semántico de “fierro a fondo” y entonces ella, esta vez, comenzó a reír a carcajadas. Su risa resonó hasta el Chorro, hasta Llanque, hasta Consuelo, hasta Shiruy Cocha y hasta Viejo Chimba.

El renacal de Trancayacu

Transitando por el camino de herradura de La Ochora a Soritor, apenas se dejaba atrás las pampas que circundaban al pueblo y después del cementerio, estaba la quebrada de Trancayacu con sus aguas color de té. Ese color ambarino le venía porque nacía de las esponjas hídricas que se formaban debajo de las hojarascas podridas de un gran renacal —que quedaba a la izquierda del camino—, en el cual, si uno lograba penetrar en su interior unos cuantos metros, era todo un bofedal, donde abundaban a más no poder —además de las enormes renacas— la cortadera, la vainilla y las orquídeas, entre otras plantas propias de los cenagales.

Las renacas son árboles enormes que se enseñorean allí donde el suelo es muy húmedo y donde, por esta misma

razón, no crecen otras especies forestales para hacerle algún tipo de competencia por la luz, en razón de lo cual ellas se desarrollan y crecen libres y a sus anchas. Sus hojas son ligeramente lanceoladas de un verde más bien opaco y hasta ligeramente blanquecino. Su fuste y su follaje alcanza no menos de treinta metros de altura, y se yergue sobre las ciénagas con una serie de raíces aéreas que, a simple, vista parecen los deltas de los grandes ríos cuando desembocan sus aguas en la inmensidad del mar.

Al igual que la shiringa o el ojé, la renaca tiene como sabia un látex resinoso blanco como la leche, razón por la cual la gente le atribuye el hecho de que es morada de algún ser maligno o de algún espíritu, en general. El *chullachaqui* sería uno de los inquilinos de los renacales, porque es allí donde él “*llus-llus*” se desaparece, —bajo la complicidad de las cortaderas que impiden el paso de un ser vivo común y corriente—, después de hacer alguna mataperrada o travesura a la gente que tiene a su alcance.

Así estando las cosas, hace ya bastante tiempo, a los pueblos de Soritor y Habana les asoló la peste negra, o sea la viruela. Mucha gente, especialmente niños y ancianos, murió a consecuencia de esa terrible y mortal enfermedad epidémica. La Ochora por gracia especial de Dios, o porque el Morro, su Apu tutelar lo protegió de ella, no fue

afectada por esta enfermedad y, a fin de evitar que la adquiriera por contagio, las autoridades de Moyobamba y del pueblo mismo, montaron una garita de control justo frente al renacal de Trancayacu.

Allí estaban apostados, día y noche, una pareja de policías armados de fusiles máuser, dispuestos a matar a todo el que quisiera contravenir la orden de impedimento para salir de La Ochora hacia Habana o Soritor, o para la entrada a ella de gente proveniente de esos pueblos, víctimas de la desolación y el exterminio a consecuencia de la maldita viruela.

La gente de La Ochora para ir a sus chacras de orillas del río Indoche que quedaban por el camino a Habana y Soritor, tenía que hacerlo premunida de un salvoconducto especial; pero la gente de Habana y Soritor no tenía opción a nada parecido. Todos ellos tenían que quedarse confinados y en cuarentena en sus pueblos de origen, sin derecho a reclamo ni protesta alguna. Así era la ley en esos casos y se cumplía a tabla rasa en salvaguarda, justamente, de la salud de las poblaciones no afectadas hasta ese momento por ese terrible mal. Igual sucedía cuando aparecía por allí alguna persona afectada de la incurable lepra. En ese caso, literalmente la tomaban prisionera y la

confinaban al leprosorio de San Pablo, en la selva de Loreto, sin lugar a reclamo de ninguna naturaleza.

En ese estado de miedo permanente llegaban a diario a La Ochora las noticias que daban cuenta del número de muertos por viruela en Soritor o Habana, y todos sin excepción rezábamos para que la epidemia no llegue a nuestro pueblo. La pareja de guardias civiles —porque en ese tiempo andaban de a par— de la garita de control de Trancayacu, por su parte, casi hacían fiesta cuando eran renovados sanos y salvos de su puesto. En verdad, la enfermedad era cruel y según decían los pobladores más antiguos de La Ochora, tan solo era comparable con la peste de langostas que alguna vez asoló esa parte del país y que dejó al pueblo en hambruna generalizada, porque las langostas se comieron allí todo lo que tuviera hojas verdes de las huertas, del monte y de las chacras.

Cuando un guardia civil nuevo era asignado a este puesto, los que salían de él, se veían en la obligación de advertir a sus reemplazantes lo que sigue:

— No te acerques jamás a media noche al renacal de Trancayacu, veas lo que veas y oigas lo que oigas. Allí te quedas en tu puesto plantado como una estaca.

— Está bien. Pero si no fuera molestia ¿podrías decirme por qué motivos tendría que hacer eso, ya vuelta?

— Por supuesto, querido colega. A veces vas a escuchar la bulla de un niño o de varios niños jugando. Eso es lo de menos, porque no da miedo. Pero si te acercas, comienzas a escuchar que lloran en forma lastimera y que piden auxilio. Como si les estarían queriendo matar. Corres hasta allí y todo está completamente *chunlla*. Pasados unos minutos vuelves a escuchar los llantos, pero esta vez renacal adentro. ¿Cómo ya pues Dios mío podrían entrar hasta allí los niños si el *cortaderal* no te lo permite y, encima es de noche?

— Está bien paisita. No haré caso a los llantos de niños ni menos me acercaré por allí. Aquí me quedaré en la garita cumpita, y si la cosa llega a asustarme más de lo que puedo soportar me fumaré un cigarrito negro y despertaré a mi compañero, aunque sólo yo esté de turno. Pero... ¿eso es todo o... hay algo más?

— Claro que hay algo más. Qué bueno si eso fuera todo. Vas escuchar compañero que dentro del renacal se ríe alguien a carcajadas. Que otra persona canta, que *puquea* o que silba. La que canta se supone que es una mujer, por su voz que es muy melodiosa. Pero también

lloran y dicen obscenidades, puro malas palabras vas a escuchar, a veces dichas por hombres, otras veces dichas por mujeres y hasta dichas por niños. En esos casos, no hay otra cosa mejor que disparar a la fronda de las renacas y vas a ver que todo se queda *chunlla*. El silencio es tan absoluto que parece que alguna tragedia va a ocurrir en ese momento.

— Hace poquito no más —aclaró el otro guardia civil—, es decir, faltándonos unos días para el relevo, hemos escuchado que viene un grupo de gente de Soritor en pandilla, con acordeón, maracas y todo lo demás. Cuando miramos por la ventanita de la garita hacia allí, todo estaba en silencio y con una quietud que impresionaba. Pero eso no es nada, porque mi compañero una vez, a eso de la media noche, vio a una mujer toda de luto que se acerca a la garita, dando a entender que se estaba viniendo para consultarnos si podía pasar. Cuando le hizo el alto con su fusil, ella le dio la espalda y comenzó a reír a carcajadas. Luego, se esfumó dejando en su lugar algo que parecía neblina y que apestaba a azufre. Dicen los de La Ochora que esa mujer es la madre de la viruela... pero que al pueblo no pudo entrar jamás por la presencia del Morro y más que todo, por la hermosa y blanca cruz que había en su cumbre...

— Este renacal de mierda es muy pesado, carajo. Menos mal que yo ya me voy a Moyobamba —dijo el policía que se estaba cambiando de ropa y arreglando sus cosas para marcharse de allí— Así que cuídate mucho cumpa...

Un urcututu en el techo

A la lechuza en La Ochora —hace mucho tiempo y, al parecer hasta la fecha—, le dicen *urcututu*, porque al cantar produce una serie de sonidos onomatopéyicos lúgubres y escalofriantes muy parecidos a esa palabra. Cuando se posaba en la cumbre del techo de crisnejas de una casa y cantaba: *urcututu, tu, tu, tu, tuuuu...* es porque alguien de esa vivienda, sin falta, se iba a morir.

No había vuelta que darle, esa sentencia era ineludible. Tarde o temprano, la noticia del fallecimiento de alguien de esa casa lo confirmaba y lo ratificaba, muy a pesar de los dolientes. Por eso, cuando tenían la suerte de verla merodeando por allí, antes de que cante, la espantaban a

buicapazo limpio para que se vaya lejos a cantar. A veces, esto lo hacían hasta a balazos de escopeta.

Mi abuela Isolina Escalante Rojas no creía que eso pudiera ser cierto y se reía, claro que respetuosamente, de aquellos que sostenían que el *urcututu* era un ave agorera que traía la noticia de que un familiar se iba a morir muy pronto. El caso era que anunciaba la muerte no del que la veía y oía cantar sobre su techo, sino de algún familiar bien cercano a él. Pero, claro, siempre se trataba de la parentela, a veces muy cercana y otras, algo lejano; pero, familiar a fin de cuentas.

Esta ave rapaz solía hacer llegar sus mensajes de muerte, apenas oscurecía, nunca a plena noche. Para eso la muy ladina era muy hábil, porque de hacerlo a la medianoche no la habrían escuchado y todo se habría desarrollado con normalidad. Pero, la cosa era que cantaba cuando la gente estaba queriendo ir a dormir, con lo cual, ya no llegaban a hacerlo con normalidad con la terrible preocupación de querer saber quien iría a ser el que iba a entregar sus trastes a la muerte.

La noche que el *urcututu* cantó sobre el techo de la casa de mi abuela; yo, que sabía algo sobre el asunto, comencé a tirarle con *champas* y *buicapas* que hallé por allí para que se vaya lejos y evitar que cante otra vez, no vaya a ser que en

vez de uno, se trate de dos muertitos. Tan ufanado estaba realizando esa tarea que mi abuela, cansada de esperarme para subirnos al segundo piso de la casa de teja donde dormíamos, alumbrándonos con una alcuza de kerosene me dijo:

— Deja ya de molestarle al pobre *urcututu* so adefesio de muchacho y apúrate a venir a mi lado que tenemos que subir al segundo piso alumbrados por la alcuza que llevo en la mano, no sea que en la oscuridad te caigas de la escalera que tiene malograda una grada y tú seas el muerto que acaba de anunciar este *urcututu*.

— Ya abuelita, ahorita voy a tu lado para subir juntos. Por la alcuza lo hago, porque ya está bien oscuro, no por miedo a morirme, porque según dicen, yo no seré el próximo muertito, porque yo he visto al *urcututu* en el techo y la he oído cantar...

— Como siempre... ¡el adefesio de muchacho creyendo en todas esas tonterías que dice la gente! ¡Aquí nadie se va a morir hijo, porque todos somos creyentes en Dios! —sentenció mi abuela—.

No pasaría ni una semana que el *urcututu* cantó sobre la cumbrera del techo de *crisnejas* de la habitación destinada a

huéspedes de la casa de mi abuela, cuando recibió una carta de Lima. Era lunes por la mañana, pero sería una hora cercana al medio día. La carta le estaba haciendo llegar en ese momento, una vecina que se había ido a la oficina de correos ese día muy temprano, a esperar allí al postillón. Aquella no recibió carta de su hijo que vivía en Lima, pero como su vecina doña Ishuca tenía una, la reclamó para entregarle personalmente y así evitarle el trabajo a ella de ir a reclamarla hasta la oficina de correos.

— Qué raro —dijo mi abuelita al leer uno de los sellos mata estampillas del sobre— esta carta viene desde Tacna. Allí está ahora viviendo mi hija Yolanda, pero no es su letra la que aparece en el sobre, es la de su marido, si no me equivoco ¿Porqué habrá llenado el sobre él? Seguro que mi Yolanda ha estado muy ocupada en ese momento cuidando a sus hijos y él es el que ha llenado el sobre. La carta tiene que ser de mi hija Yolanda —se dijo para sí, pero un escalofrío subió desde sus pies hasta su espalda y su corazón se heló con un atroz presentimiento—.

Rompió el sobre sin miramientos y trató de leer la misiva que venía adentro con la misma letra. La carta era de Julián Navarro López, su yerno, que fue a vivir a Tacna con su hija Yolanda y sus nietitos Javier y Edinson, al ser trasladado a esa colocación debido a su trabajo de guardia

civil. La misiva era escueta y decía muy poco. Pero en ese poco de información le avisaba que por una complicación post parto había fallecido lamentablemente su hija Yolanda. Que ya la había enterrado allí en Tacna y que estaba haciendo sus gestiones para ser trasladado a Lima, debido a que se le acabó la licencia y que le era casi imposible en las condiciones que se avecinaban, cuidar de su hijo Jorge, que era todavía un bebé recién nacido...

La molienda en el trapiche

Doña Ishuca —así le llamaba toda la gente de La Ochora a mi abuela— tenía en sus chacras junto al río Indoche, una buena cantidad de sembríos de caña de azúcar, que ella mandaba cortar con peones cuando ya estaban las cañas a punto de molienda. A los peones que contrataba para hacer esa faena el día anterior, les pagaba con chancaca al día siguiente, después de la molienda.

La chancaca se tenía que elaborar el mismo día de la molienda, hirviendo el mosto o jugo de la caña —tan pronto se comenzaba a producirlo—, en dos enormes peroles de cobre que estaban acondicionados sobre dos *tullpas* o fogones, que se hallaban a un costado del enorme tambo de forma circular, por tener el techo a cuatro aguas,

que albergaba en su interior al trapiche de madera, el mismo que, con sus tres ejes que eran movidos mediante un sistema de engranajes semejando dientes —también de madera— que se hallaban acondicionados en el eje central y que encajaban en los huecos de los ejes de los costados, molían las cañas haciendo gran ruido gracias a que el eje central era movido por una gran palanca al que le decíamos “timón” y que jalaban dos bueyes.

Para arrear a los bueyes durante la molienda, que se iniciaba a las cinco de la mañana y concluía a eso de las once o doce del día, nos “contrataba” mi abuela a mí y a mi primo Juan —los dos de sus primeros nietos—, con mucha seriedad y anticipación, como si fuéramos personas mayores, pero nos pagaba como a los niños que éramos: con las raciones que quisiéramos de “*angoñucño*” además de servirnos “*yapa yapa*” la comida, porque según ella, a los peones había que darles de comer muy bien para que puedan rendir mejor en el trabajo.

Al manjar que constituía nuestra paga lo podíamos disfrutar recién a eso de las tres de la tarde, cuando las pailas de jugo de caña, de tanto hervir desde las cinco y media de la madrugada, estaban ya a punto de mermelada. El *angoñucño* no era otra cosa que esa melcocha que había que recoger con sumo cuidado de la paila y enfriar en un

jarro con agua, luego de lo cual se convertía en una masa elástica parecida al alfeñique caliente, que consumíamos con gran placer como si se tratara de un manjar celestial.

La tarea —arrear los bueyes por detrás del timón— que nos encomendaban mi abuela y mi tío Lucho “Verdura”, la realizábamos en medio de una gran algarabía propia de las molindas de caña. Los arreadores teníamos que “motivar” a los bueyes, para que uncidos a un yugo, jalen del timón del trapiche a un ritmo parejo, con gritos y silbos característicos, en los que mi primo Juan me dejaba chiquito, porque era todo un experto en decir por ejemplo: *“ya pué jñuna valienta putas de bueyes, aborita si no avanzan les voy a meter un bagazo ardiendo por el coño o les voy a moler las guandumbas con un mazo igualito que cuando les capó mi tío Augusto Rodríguez, ya verán so coños, ya verán so coños”*.

A los pobres animalitos, era cierto que don Augusto Rodríguez, experto en las lides de convertir toros en bueyes, les capó molíéndoles a palos las trolas con un mazo, mientras los éstos “lloraban” más que mugían y se contorsionaban de dolor sin poder moverse, porque antes de la faena los tenían que amarrar muy bien las patas y la cabeza. La yunta como si entendiera lo que les decía mi primo Juan, que junto con eso les apoquinaba con una sarta interminable de palabrotas, apuraban el paso y

jalaban del timón haciendo crujir a los ejes del trapiche como si se irían a romper con el esfuerzo.

Hasta ahora no he podido explicarme de dónde sacaba mi primo Juan para cada molienda, todos esos escupitajos de palabrotas, silbidos y gritos onomatopéyicos, tan sólo comparables a los que emiten los bailarines de Huaylas o de Santiaguito, allá en el centro del Perú, con lo cual hacía reír a todos los peones, cuidándose claro está de hacer todas esas cosas cuando su padre no estaba por las cercanías.

Cuando los bueyes daban muestras de natural cansancio a eso de la media mañana, había que propinarles alguno que otro varillazo en las ancas y, cuando ni eso producía el efecto deseado, mi primo Juan de inmediato me sugería:

— Tuércele el rabo al más haragán, primito.

— Pobre animalito. Ya está cansado. No más piensa cuántas vueltas ya habrá dado alrededor del trapiche. Pero si es necesario hacer eso, sería bueno que lo haga la Ishuca, sino... ¿Qué hace ella aquí en la molienda? La condenada muchacha nos estorba más de lo que nos ayuda, ¿no es así compadrito...?

Ishuca era la hermana menor de mi primo Juan y su verdadero nombre era Isolina, pero nadie la llamaba así, sino sólo Ishuca como a nuestra abuela; aunque, a veces para diferenciarla de aquella le dijeran Ishuquilla. Pero, como en eso de cumplir con hacer algún mandado que nosotros le hiciéramos a la traviesa de la Ishuca, ella se hacía la sorda, nosotros éramos los que teníamos que hacerlo. Los pobres bueyes con el dolor de la torcedura de su rabo, bufando jalaban el timón del trapiche a toda velocidad, lo cual aprovechábamos para subirnos boca abajo encima de éste, por una o dos vueltas, cuidándonos de que los que metían las cañas al trapiche no nos vean. Para hacer esta proeza junto con nosotros si la Ishuca era buenaza...

Lo que preferíamos evitar hacer, era frotarles el ano a los toros con ají *pucunuchu*, *malaguete* o el que hubiera, porque la vez que hicimos esa terrible travesura, de pura casualidad más que nada, cuando le encomendamos la tarea a mi prima Ishuca —sólo para que ella tenga en qué entretenerse un poco y nos deje tranquilos a nosotros— ella, bien mandada, cuando estuvo en plena faena, subida sobre el timón del trapiche y con la cara y el cuerpo muy cerca del rabo de uno de los bueyes, éste la embadurnó en venganza, casi de pies a cabeza, con una buena porción de su excremento verde y jugoso.

Obviamente, mi tío Lucho “Verdura”, su padre, al enterarse del acontecimiento e informarse con pelos y señales por boca de Ishuca, por qué había ocurrido el percance, después de bañar bien a su hija en la quebrada de Meto que pasaba cerca al trapiche y cambiarle de overoles, a Juan y a mí nos propinó una buena zurra con uno de los bagazos frescos que encontró por allí. El bagazo por cierto era bullicioso pero no hacía doler, pero armábamos la finta de que dolía mucho, para que Ishuca se quede satisfecha.

La molienda se iniciaba a las cinco de la madrugada. Tenía que ser a esa hora, porque había que hervir el jugo de la caña en las pailas, tan pronto el trapiche comenzara a funcionar y se pudiera recoger las primeras latas del espumoso mosto, a fin de que la chancaca pueda estarse vaciando en los moldes a más tardar a las cuatro de la tarde.

Los moldes estaban hechos en troncos de madera más o menos grandes, desbastados con azuela hasta un poco menos de la mitad. En el lado más ancho, porque en el otro más delgado, se tenía que asentar el tronco en forma segura en el suelo, había que cavar con formón de uña, los hoyos que servirían como moldes. Este trabajo lo tenía

que hacer un buen carpintero, para garantizar que los hoyos del molde fueran parejos en peso y capacidad.

De la molienda de la caña, es decir, del trabajo de ir introduciendo las cañas en el trapiche y de recoger al otro lado los bagazos, se encargaban nuestros tíos Calicho y Reynerio. El trapiche en verdad era una máquina prodigiosa y singular. Constaba de tres troncos redondos que operaban como ejes. El eje del centro era más alto que los dos de sus costados. Éste en su parte superior lateral tenía un orificio donde entraba justo uno de los extremos de una especie de palanca larga. A esta palanca le llamaban “timón” y tenía que ser curvo en el otro extremo para que de allí, casi a la altura del piso, puedan jalarlo los bueyes.

El eje central estaba provisto de dientes de una madera que tenía que ser muy dura y resistente, porque operaban igual que un engranaje. Estos dientes se introducían en los hoyos, de su forma y tamaño, que los ejes de los costados debían tener. Al jalar los bueyes de la palanca que movía el eje central, éste a su vez hacía girar a los dos ejes de sus costados.

La caña entraba por entre los ejes a veces chirriando y éstos le exprimían todo el jugo que era recogido al pié en

un depósito de madera semejante a una gran batea de forma rectangular. Muchas personas distraídas han perdido, a veces toda la mano y otras veces hasta el brazo, cuando junto con la caña metían su mano por entre los ejes del trapiche.

Al costado opuesto de donde estaban ubicados los peroles de hervir el jugo de caña, había un enorme tonel de madera en donde alguna vez se hizo fermentar el mosto de la caña para convertirlo en *ventisbo* y luego destilarlo en un alambique para producir aguardiente de caña. El olor a aguardiente estaba impregnado en él y la vez que metimos en ella a mi prima Ishuca, ésta salió de allí completamente borrachita, pero como nadie se dio cuenta, no nos zumbaron la maja acostumbrada aquella vez.

Maduro ... “muro muro”

Del Libro: *El Lobo de Mar y Otros cuentos*

La Ochora ese día, bullía de gente desde las seis de la mañana. Su morro, inusualmente, había amanecido cubierto de algodones que no presagiaban otra cosa que no fuera la proximidad de una lluvia. No era época de lluvias, sin embargo; pero... si el morro tenía esa clase de atuendos, no había nada que hacer, llovería de todas maneras. El asunto era no más, poder determinar a qué hora caería el chaparrón, porque en la pampa que rodeaba al pueblo, todos los cristianos que integraban sus cuatro barrios que se congregarían para limpiarla, —con los machetes bien “*filullas*” en la mano— se encontrarían a merced del aguacero.

El bando que el Alcalde del pueblo había hecho correr el domingo anterior, con la ayuda del Gobernador, había sido muy claro. “*Todo ser viviente capaz de hacer esta obra en*

bien de la comunidad deberá, desde muy temprano del día domingo 7 de agosto de 1957, alistarse en las cuadrillas que limpiarán de monte a la pampa que rodea el pueblo, para lo cual deberán coordinar para organizarse, con los maestros de la escuela. Los límites para hacer la limpieza son de conocimiento de todos, ya que esta tarea se hace lo mismo cada año”.

Era verdad. Todos los años la gente de La Ochora limpiaba la enorme pampa que le rodeaba, de los arbustos y otras malezas herbóreas que trataban de invadirla. La pampa era muy importante para el pueblo porque en ella se criaban sueltos: los caballos en los que se acarreaban los víveres desde las chacras y la leña desde el bosque; las vacas que todas las mañanas y todas las tardes venían desde allí para ser ordeñadas por sus dueños, porque sus becerros se quedaban presos en las huertas de éstos; así como los chanchos que, cansados de hociquear los barrizales que circundaban los pantanos, se venían para hacer daño siempre que encontraran por allí un hueco en los cercos, que les permitiera zamparse hasta las huertas de un cuarto de hectárea de cada habitante del pueblo.

En aquel tiempo, en La Ochora eran pocas las personas que tenían chiqueros especialmente contruidos para criar a sus chanchos. Éstos, crecían sueltos en la pampa o deambulando por las calles del pueblo como los

comerciantes ambulantes de triciclo o carretilla y los “recicladores” de ahora que, sea porque no recogen las cáscaras de lo que venden o por andar rebuscando en los contenedores, dejan la basura esparcida o despanzurrada por donde caminan o se instalan —igualito a eso hacían los chanchos en la Ochora en aquel tiempo—.

Generalmente, a los chanchos del pueblo, por las mañanas y por las tardes, sus dueños les daban de comer los *inguiris* que sancochaban con cáscara y todo, en latas de manteca vegetal que llegaban por vía fluvial desde Europa o por vía aérea en aviones *buchizapas* de carga, desde Chiclayo. Por eso, todo lo que no era del lugar era bastante caro y la gente los compraba sólo cuando había absoluta necesidad. Los caramelos de color y sabor a fresas, a menta o a naranjas, así como las galletas de vainilla y de soda, también venían en latas especialmente acondicionadas con unas tapas circulares en su parte superior, que se sellaban con estaño.

De todas las pampas que circundaban al pueblo, las que daban al noroeste eran las más grandes. La *Pampa de Chota*, por ejemplo, se extendía desde *Shirycocha* hasta el cementerio. Pero también era grande la pampa que arrancando en el mismo *Shirycocha* llegaba hasta *Viejo Chimba*, pasando por los pantanos y cenagales de esa parte

del monte que se llamaba Marañón. Las pampas más pequeñas eran sin duda las del Este y Sureste, que comprendían el *Chorro* y los pozos de *Llanque* y *Consuelo*, porque el monte comenzaba “ahí no más”, a diferencia de la *Pampa de Chota* en la que el monte estaba muy alejado del pueblo.

A eso de las once de la mañana, los *shuntos* de maleza ya estaban bien hechos en diversos lugares de las pampas. Había que esperar que el sol los seque y quien sino los muchachos de la escuela, se encargaban de quemarlos para convertirlos en ceniza. Esa faena comunal se hacía todos los años y la gente participaba con gusto en ellas. El que no podía asistir, pagaba su peón para que lo reemplace. Mi abuela que era viuda desde los 39 años, hacía eso, pero yo, su nieto, me enrolaba para ir a cortar la maleza con mi machete en compañía de mi pariente Sergio Torres Escalante y mi compañero de carpeta Elías Sandoval.

Cada vez que se realizaba esa faena comunal en La Ochora, se mataban no menos de unas tres o cuatro víboras. La mayoría de ellas eran coralillos y cuando la habilidad de los desbrozadores de maleza era especial, se mataban a machetazos otras tantas víboras “corredoras”. Las víboras de coral o coralillos, por ser pequeñas y tan

lentas y ciegas como los *curumamas*, eran fáciles de descubrir y atrapar, sólo que había que tener mucho cuidado con ellas porque su mordedura era mortal. Con suerte estas pequeñas víboras sólo mordían cuando sentían que su vida estaba en peligro, al ser pisadas accidentalmente o cuando se las cogía con la mano. En cambio las “*corredoras*” eran verdes como la hierba o del color de la tierra, y tan pronto sentían la presencia de la gente huían despavoridas incluso enredándose entre las canillas de los que las perseguían, a una velocidad espeluznante.

Pero ese domingo 7 de agosto ocurrió que en lugar de corredoras y coralillos, las cuadrillas de limpia de la pampa mataron a machetazos cinco jergones enormes y hasta una feroz *shushupe*, que por poco muerde a don Tolentino Rodríguez que, tratándose de matar víboras, era todo un experto. Dio la casualidad que los cinco jergones y la *shushupe* fueron halladas muy cerca de los pozos de agua de *Consuelo*, a poca distancia del pantano que daba origen a la quebrada de *Trancayaco*.

Hasta donde se sabía, nunca había pasado tal cosa. Eso de matar esa clase de serpientes venenosas en una faena de limpia de la pampa era completamente raro en La Ochora. Entre las explicaciones que se dieron del inusual caso se

dijo que, posiblemente, este especial fenómeno habría sido ocasionado por la última creciente del río Indoche, que debido a las lluvias torrenciales que cayeron por *Cunchihuasi* y *Pósic*, se desbordó sin medida e inundó todas las hoyadas del valle a las que, desde hacía muchos años, no llegaba la crecida. Era explicable, por lo tanto, que estas víboras al sentir que su vida estaba en peligro por la inundación, migraran a los terrenos más altos llegando peligrosamente hasta los montes que se constituían en los límites de la gran pampa que circundaba el pueblo.

Pero igualmente había otro grupo de gente que decía que “eso” era una mala señal, que era mal agüero y que constituía un presagio seguro, de que algo malo iba a ocurrir en el pueblo en cualquier momento. Sin embargo, la crecida del río bajó como era de esperarse y la vida del pueblo volvió a la normalidad en menos que canta un gallo. Lo bueno de las crecientes del río Indoche era que, por cada una de ellas, las tierras agotadas de sus riveras, por los sucesivos cultivos sin darles el descanso requerido, quedaban enriquecidas con ese limo rojizo que solía cubrir la inundación, después de la cual quedaban mejor que chacras nuevas o vírgenes luego de una faena de “*corta*”.

Gonzalo Rojas era un *shilico* trabajador que había llegado a La Ochora hacía no menos de 30 años. A su llegada al

pueblo procedente de Celendín, apenas con sus veinte años auestas, se ocupó primero de pilar café y arroz para el que quisiera pagarle por ese servicio, luego se enroló en las faenas de *tirapeo* de las chacras de maíz y frijol, o en los arrozales de los terrenos húmedos y medio pantanosos en los que se sembraba esta gramínea. Cuando sintió que ya había adquirido a la perfección las destrezas necesarias para manejar el hacha, también se enroló como peón para desbrozar el monte en las faenas de corte de los *cañabravales* y árboles de los terrenos ubicados al borde del río Indoché, o en los pajonales que se formaban lejos de sus riveras.

Por esas bondades habilidosas tan visibles en él, resultó evidente para todos en el pueblo que el “*shilico chia ocote*”, que hasta hacía poco sólo había sido un forastero más, ahora se había convertido en un *shishaco* muy trabajador para los hombres y un tipo varonil, atractivo y buen mozo para las mujeres. Así que sin pensarlo mucho, Auxilia Moncada aceptó primero ser su enamorada y después su esposa. Con los años y mucho trabajo, lograron hacer una casita de *crisnejas* de palma a dos aguas, en la forma que se acostumbraba construir las en La Ochora, o sea con una sala, una cocina comedor con fogón y barbacoa para los plátanos, un dormitorio y un terrado para guardar allí los costales de arroz, las *huayungas*

de frejol y de maíz, entre otros granos que tendrían que utilizar para su propia subsistencia.

Como su suegro tenía buenas chacras cerca del río Indoche, le dijo a su hija Auxilia que podían sembrar lo que necesitaran, pero; si querían tener algo propio, pasando *Trancayacu* también tenía unos terrenitos baldíos que les podía ceder definitivamente con escritura pública, en caso que decidieran cultivarlos como propios. No estaban a orillas del río, por lo que sin ser tan buenos como aquellos, con un adecuado manejo agrícola, podía sembrar y cosechar lo que quisieran. Claro que los plátanos les darían sólo hasta “*tercerales*” o racimos de tercera cosecha, que ya no eran tan buenos como los “*primerales*” y los “*segundales*”, y para maíz, yuca y frejoles, había que rotar el terreno o hacerlo “*descansachir*” por lo menos un año, antes de cambiar de un cultivo a otro.

Nada de eso le pareció mal a Gonzalo Rojas. Aceptó encantado el obsequio de su suegro y por sus nuevos terrenos sólo pagó el costo de la escritura pública en Moyobamba, a mucha insistencia suya, ya que su suegro le dijo que cuando se regala algo se lo hace completo, por tanto, a él, que era el donante le correspondía hacer ese pago notarial. Pero, como no hubo forma de convencerlo, finalmente, tuvo que aceptar que su yerno pagara la

escritura. Gonzalo Rojas muy pronto comenzó a trabajar “sus tierras” como suele hacerlo un agricultor que viene de la sierra, es decir, con más cuidados que los agricultores del lugar, incluso a algunas partes les habilitó el riego necesario con las aguas del *Trancayaco* y otras veces utilizó arado con yunta de bueyes, al igual que se acostumbra hacer en la sierra. Como era de esperarse, sus cultivos comenzaron a prosperar y prosperar en forma sostenida.

Su chacra a decir de la gente de la Ochora era un anís. Además de tenerla bajo riego, en algunos casos utilizaba también abonos naturales y hasta fertilizantes como la urea y el fosfato. Como descubriera que eran terrenos apropiados para sembrar caña de azúcar, dedicó una buena parte de ellos para este cultivo y, una vez que tuvo suficiente, mandó que le construyeran un trapiche para beneficiar la caña y producir chancaca. En eso estaba ya, cuando llegó ese siete de agosto de mil novecientos cincuenta y siete en que participó como lo hacía todo el pueblo, en la faena de limpiar las pampas comunales que circundaban La Ochora como si se tratara de un gran aro en su derredor.

Al enterarse que ese día la gente había matado cinco jergones y una *shushupe*, se le escarapeló todo el cuerpo y la piel se le volvió ni más ni menos como de gallina. “*Vaya*

—se dijo para sí mismo— *nunca me he visto enfrentado a una jergón de ese tamaño y esas características monstruosas, que Dios me libre de semejante cosa, porque yo no sabría qué hacer*". Y es que las cinco serpientes jergón que esa mañana habían dado muerte, muy cerca de sus chacras de *Trancayaco*, eran por decir lo menos, demasiado grandes para esa especie de víboras.

Gonzalo Rojas, según los conocimientos que había adquirido acerca de estos ofidios en La Ochora —ya que en su tierra natal no habían víboras venenosas ni para remedio, sólo unas pocas culebras inofensivas— sabía que, a diferencia de la *shushupe* que perseguía a sus víctimas con la cabeza en alto, la jergón al sentir la presencia de una persona, acostumbraba enroscarse como una *humallina* (rollo de un trapo sobre el que se asienta el cántaro de agua), a mecer la cabeza como un péndulo y sacar a intervalos la bifurcada lengua para husmear el ambiente, para esperar en esa postura a que su víctima se acerque lo suficiente, para luego atacarla con una o dos mordeduras feroces y huir hasta donde pueda mimetizarse con la maleza y no la puedan encontrar.

Después de dar cuenta de las malezas de la pampa, como era costumbre, a eso de las once y media de la mañana, la gente procedió a dar cuenta también de sus fiambres y

provisiones. Cada quien sacaba de sus morrales lo que había traído para compartirlo con los demás. No dejaban de aparecer de a pocos o en su totalidad: las tortillas de yuca, los *juanes* de arroz o de yuca, los *nina juanes* y los *avispa juanes*, los chorizos y las cecinas de chanco, los maduros “*muro muro*” sancochados, los *inguiris*, el poroto *shirumbe*, el *rabuado* o *icnhicapi*, la chicha de jora y la chicha dulce, la mistela, el masato, el guarapo y el aguardiente.

Sin embargo, no hubo tiempo para terminar de degustar esos manjares porque la lluvia se desató con tanta fuerza y, por más que corrieron a guarecerse debajo de algún árbol de *huanahuana*, de caimito o de palillo, que crecían en la pampa de modo natural, el chaparrón fue tan fuerte que todos sin excepción terminaron mojándose hasta el tuétano. A eso de la una de la tarde la lluvia cesó por completo y salió el sol otra vez, lo que aprovecharon estando ya en sus casas para secar su ropa en los cordeles que cada casa tenía para ese fin.

Al día siguiente, o sea el lunes, Gonzalo Rojas junto con su esposa y sus cuatro hijos salieron muy temprano rumbo a sus chacras de *Trancayaco*. Allí tomarían desayuno. Tan pronto llegaron al trapiche, Auxilia, su esposa, se puso a prender el fogón para preparar el desayuno, para lo cual necesitaría un poco de bagazo que utilizaría de yesca para

prender la candela. Fue entonces que le dijo a su hija Marisela de nueve años de edad, que fuera a traerlo desde la ruma que había a un lado del trapiche. Ella muy diligente fue a recogerlos, pero en eso:

— ¡Mamá!, ¡mamá!... ¡ven ayúdame! —Le dijo gritando llena de pánico y de dolor— una víbora me ha mordido en mi pingullo y no me quiere soltar...

Auxilia, su madre, fue corriendo hasta donde su hija se encontraba, pero vio que ella venía corriendo hacia ella arrastrando con la pierna derecha algo que le pareció un gran trapo negro, parecido a las *manguraychinas* que hacía con un costalillo entero y que se utilizaban para secar la espuma y las *zorrapas* de los bordes de los peroles en los que se hervía el mosto para fabricar la chancaca. Pero al fijar bien la mirada pudo apreciar que lo que venía arrastrando su hija en una de sus piernas, era una enorme víbora oscura que, ni más ni menos como un perro bravo, se había prendido de allí, y al parecer, sin intención de soltarse.

— ¡Gonzalo!, ¡Gonzalo!... —gritó Auxilia con todas sus fuerzas— a Marisela le está mordiendo una víbora y no le quiere soltar. Apúrate que tenemos que librarla de semejante bestia...

Y tenía razón. La víbora era una verdadera bestia. Estaba embravecida hasta el límite. Y en su rabia animal, había mordido lo menos tres veces a Marisela, quedándose sus dientes atrapados en el pantalón de jean de la niña, por lo que parecía que no la quería soltar. Gonzalo llegó tan pronto como pudo corriendo como un desesperado para —con su machetón 128 marca “solingen” y de hechura alemana— despedazar en no menos de cinco trozos a la fenomenal serpiente, sin racionalizar nada de lo que hacía y casi como un autómatas. Lo que acaba de convertir en trozos, era una serpiente jergón parecida —pero mucho más grande y feroz— a aquellas cinco que la gente había matado a machetazos el día anterior, al llevar a cabo la limpieza de hierbas y arbustos de la pampa comunal que rodeaba a La Ochora.

De inmediato llevó a su hija en sus hombros hasta la posta médica de La Ochora para que le dieran el tratamiento indicado en esos casos. Allí lo único que le hicieron a la niña fueron tres tajos en cruz con el bisturí, en cada una de las huellas de las tres mordidas de la víbora jergón, para tratar de que expulsara la sangre envenenada por la herida. Como no tenían allí ningún suero antiofídico, ni mucho menos uno específico para mordedura de esta serpiente, después de aplicarle una ampollita anticoagulante, el sanitario de la posta les aconsejó que llevaran de

inmediato a la niña al Hospital de Moyobamba donde, si tenían suerte, habría un suero antiofídico específico para víboras de cascabel o de jergón selvático, con lo cual podrían intentar salvar a la niña, aún cuando su semblante ya le anunciara inequívocamente que el caso estaba perdido.

Marisela sólo pudo llegar viva hasta la Pampa del Morro, por más que se apuraron sus padres en recorrer a pié el camino a Moyobamba. La niña había recibido en su pequeño cuerpo, tanto veneno de la víbora como para matar a un caballo, por lo que no lo pudo soportar. La primera hora el anticoagulante contrarrestó el efecto del veneno, pero luego éste lo desbordó y comenzó a tener hemorragias por las encías, los oídos, las uñas, la nariz y los ojos, lo que era una clara señal de que las hemorragias internas serían aún peores. Hasta que finalmente el cuerpo de la niña, para contrarrestar el efecto del veneno, en un esfuerzo supremo, optó por la coagulación total de la sangre, con lo cual sobrevivió el colapso definitivo que terminó con su joven existencia.

Antes de que eso ocurriera y con la finalidad de distraerla un poco y alejarla de la consciencia de la gravedad de la situación por la que estaba atravesando, Gonzalo Rojas que llevaba a su hija sobre sus espaldas, acondicionada

convenientemente en una silla, le preguntó cómo había ocurrido todo. Ésta, con el poco raciocinio que le quedaba todavía le dijo:

— Fíjate pues papá como fue que me mordió la víbora. Mi mamá me mandó traer bagazo de caña del *shunto* enorme que hay a un costado del trapiche. Pero el viernes pasado yo enterré allí debajo de los bagazos, un racimo de plátanos pintones para que se maduren rápido abrigados por el calor de los bagazos.

Por eso yo me fui a ver el racimo y como lo había pensado, allí estaba el tremendo racimo de plátanos convertidos en maduros “muros muros”. Todos los plátanos estaban tan maduritos y casi negros, con algunas pintitas amarillas por allí y por allá, pero en general, todos casi negros. Me alegré de que eso hubiera ocurrido porque tendríamos lo suficiente para hacer *pururuca*, pero; al acercarme al racimo para arrancar los plátanos, me pisé en algo suave del grosos de una yuca grande.

Era la viborota que estaba comiendo seguramente los plátanos maduros. Como pensó que le iba a quitar su comida y encima la pisé, se prendió de mi pierna derecha como un perro. Me soltó una vez y me volvió a morder dos veces más, pero sus muelotas se enredaron en mi

pantalón y así arrastrando al animal fui corriendo para que mi madre me ayude. Allí no más llegaste tu papacito y mataste a machetazos a la víbora. Ahora siento que todo mi cuerpo se adormece como si quisieran darme calambres. ¿Crees papacito que viviré?

— Si hijita. Aguanta un poquito hasta llegar a Moyobamba y allí, el doctor Alpino Acosta te va a curar. De eso no tengas la menor duda. Más bien acuérdate que, con mi machetón 128, le hice trizas a la maldiciada... No sé como lo hice hijita, porque esos animales me dan mucho terror y hasta pánico, pero lo hice, te salvé de ese jergón enorme, te salvé hijita de ese horrible animal...

— Ay papacito, los maduros “muro muro” están que les chorrea la miel por sus rabitos. La víbora ya no está allí porque la mataste con tu machete. Anda jala un madurito del racimo, que ahora tengo ganas de comerme uno asado con cáscara y todo en el fogón y con maní tostado molido en su dentro... tengo hambre de maduro “muro muro” papacito... mira ahí están los maduros “muro muros”... “muro muros”...

— Espera un poquito hijita que ya llegamos a Moyobamba... Espera hijita, espera hijita... ¡Auxilia, nuestra hijita se está muriendo carajo!...

Los caimitos de La Ochora

del autor

Wilson Izquierdo González,

se terminó de imprimir
en la ciudad de Cajamarca,
Perú, el ...de... de 2014,
en los talleres gráficos
de la imprenta

.....

